

EL MUNDO.

TOMO II

MEXICO, SEPTIEMBRE 4 DE 1898

NUMERO 10



S. M. Guillermina, Reina de Holanda.
Se coronará solemnamente el día 6 del actual.

(Véase el texto.)

LA SEMANA

¿Por qué razón—si puede haberla en estas preferencias del gusto público—todos los que han visto con cierta placidez indiferente, obras como «Fausto» y «Aida» más ó menos tolerablemente interpretadas en la temporada del Nacional, exigen de los jóvenes artistas mayores esfuerzos en la presentación de «La vida de Bohemia»?

El hábito gasta los prestigios del genio y vulgariza lo sublime. Si es cierto que no hay grande hombre que lo sea para su criado, sucede también que á la larga tuteamos á Otelo y poco se nos da que Memistófeles se presente con barriga de Sancho Panza y carcajadas de labriego.

Pero «La Bohemia,» ¡oh! «La Bohemia...» dicen en tono de galán del Teatro Hidalgo los *condottieri* del aplauso en las butacas.

Para esos paladares exquisitos no hay falsificaciones suficientemente engañadoras. Es cierto que tolerarían el Rhin menos auténtico; ¡qué importa que Margarita tenga trenzas rubias ó peinado griego!

Pero Mussette ha de ser por fuerza la que vió Mürger y soñó Puccini. *Snobismo* inédito en que sobreviven los delirios románticos del año 30...

Para muchos de los que llevarían de buena gana el chaleco verde que usó Gautier la noche del estreno de Hernani, el Arte no es todo el arte sino... «La Bohemia.»

El Club Dramático mexicano ha hecho una nueva aparición en el Teatro de Vergara la noche del martes.

Público? Un público *sui generis* por no decir el público ideal.

Por otra parte, ese es el que necesitan los que aman el arte; lo saben los jóvenes artistas del Club y por eso lo invitan.

La concurrencia, naturalmente, aplaude; pero si haciéndolo así por indulgencia obraría galantemente, al aplaudir por convicción es á la vez que justiciera, inconsciente factor de un resultado que ya debemos esperar como verdadera revelación artística.

Sólo un misántropo puede negar estímulos á esos entusiastas. En México hay muchos sedientos de ideal que dicen á todos los que llegan ¡adelante! pero hace falta, ó para hablar con precisión, hacia falta otra cosa: señalar el camino.

El Club Dramático ha encontrado ese camino, el más recto y el más amplio para todos los talentos.

Ojalá que sigan por él, y seguirán, puesto lo tienen,—fé en el arte y la simpatía pública que aplaude su triunfal iniciación.

Un amable revistero dice que los actores del Teatro Arbeau no comprenden el teatro francés.

El teatro francés, efectivamente, reclama algo más que la buena voluntad que no puede negárseles á esos discretos artistas, para llevar á la escena obras como Frou-Frou y la *Question de l'Argent*.

Pero como todo se compensa, dice también el mismo revistero que los autores dramáticos no comprenden las costumbres nacionales.

Ante ese escollo ¿qué hacer?

Ya el público ha encontrado la solución y se resigna, y entre el extremo de que le den comedias sin actores ó actores sin comedia, prefiere lo primero, y hace bien.

En una pieza cómica nacional rien los espectadores celebrando con ruidosos movimientos de regocijo las burlas que se hacen del gendarme.

Faltaría *carácter nacional* si no apareciera allí el gendarme con su eterna máscara de bufón imparable.

Y ese payaso de las vecindades es el héroe modesto y anónimo de nuestra vida civil. Acaso el desprecio con que lo mira el lépero refididor de pulquería forma el cordón sanitario para su moralidad que surge depurada del medio adverso á las ideas del bien social.

Por una ironía que no alcanza á herir nuestro indiferentismo, pasa inadvertido el atrevimiento del gendarme que arriesgando la vida se arroja sobre dos caballos en rápida carrera y los detiene en medio de una calle céntrica; en tanto el hábil defensor de un reo de homicidio se hace lla-

mar elocuente porque salva de la última pena al criminal más peligroso. Y los mismos á quienes salvó el gendarme con su heroísmo no saben su nombre y repiten la arenga pomposa del hábil defensor.

Un excelente observador admirábase no hace mucho de que hubiese tanta gente que cuenta como único recurso con esos «medios de vivir que no dan para vivir» de que hablaba Larra.

Sucede esto en todas las capitales? No creo que Londres y París estén menos provistas de una dotación suficiente de vagos sin otra función social reconocida que el parasitismo descarado ó vergonzante; pero en pocos países se verá tanto empeño para establecer una ecuación perfecta entre un mínimum de trabajo y un mínimum de necesidades.

Hay levitas raídas, levitas ociosas y miserables que pudieran ser blusas útiles y decentes. Mientras los hacendados de la frontera pierden sus algodones en flor por falta de hombres que recojan el blanco copo, prefieren los propietarios al jornal renumerador de los campos ayunar entre expedientes.

De mil que pasan la vida declamando sobre los recursos naturales del país, hay apenas uno que intente algo positivo y práctico.

El establecimiento de una exposición permanente de los productos de la industria nacional, será una obra benéfica.

¿Quién que no sea un presuntuoso, ó no haya viajado, estará satisfecho de sus conocimientos al grado de creer que no son para él un misterio gran número de los recursos de nuestro vasto territorio?

Al museo acudiremos á recibir,—los más,—la iniciación de un aprendizaje sin el que nada valen las nomenclaturas y los conocimientos verbales, único y pobre bagaje con que emprendemos la vida práctica.

Si creemos lo que dicen los periódicos de un Estado remoto, el anuncio mercantil no cabe ya en el recinto de las ciudades; tan estrechas son para contenerlo que se ha hecho agreste y ha comenzado á instalarse á lo largo de las líneas ferrocarrileras.

Como en los Estados Unidos, cada cien metros tropieza la mirada del viajero, que contempla los paisajes desolados ó risueños del tránsito, con un poste en el que hay tablas embadurnadas de figuras extravagantes y letreros grandes como casas.

Ya es la musa de la terapéutica ofreciendo polvos infalibles para todas las perturbaciones intestinales.

Ya es un sastre que ostenta sus prendas inglesas y dice:

—Señores, los que quieran agrandar al bello sexo, ocurran á la «Reina de la elegancia»

Y no será esto todo. Falta que como hace algunos años aproveche el mercantilismo los tiempos de gruesas nieblas para proyectar sobre las nubes con ayuda de aparatos formidables, anuncios en los que lean todos los habitantes de una ciudad el nombre y las principales virtudes del específico más solicitado ó el título de las obras que estrenan en los teatros.

El porvenir está lleno de promesas, sobre todo cuando el interés comercial deja libre el vuelo de su genio retozón.

¿No ha inventado los neologismos más raros para detener las miradas de los lectores en la última plana de los diarios?

No hace muchos días aún, cierto fabricante de calzado tomó para las botas que produce, el nombre de una sociedad respetabilísima de señoras, que se dedican á no sé cuantas especulaciones científicas, y como naturalmente el Consejo de la corporación protestó contra tamaña irreverencia, el travieso zapatero publicó en todos los periódicos de los Estados Unidos una carta pidiendo excusas y... recomendando de paso su mercancía.

La rehabilitación del Capitán Dreyfus, enjaulado como fiera en la Isla del Diablo, por obra de intrigantes desalmados, es algo así como un desenlace de melodrama, de esos en los que la víctima triunfa y el traidor cae en poder de la justicia ó se suicida. Nadie habla sino de la gigantesca madeja que está desenredándose y todos los que

tienen siquiera sea uno de esos áureos granitos de buen sentido que derrama Sarcey, sienten alivio al pensar que vamos olvidando los sucesos de la guerra hispano-americana, esa pesadilla que agitó tantas imaginaciones delirantes.

Dick.

Divagaciones y mariposeos.

I.

NUESTRA SEÑORA LA MODA.

No faltan, y aun diría que sobran, criterios rectilíneos, encastillados en polvosas ideas, que ven, con cierto desdén compasivo, lo que llaman "caprichos de la toilette" y con profundo menosprecio á las mujeres del gran mundo que dedican su vida, que consagran sus energías, que circunscriben su esfera de acción al veleidoso campo de la Moda y en él respiran y viven tan á gusto como el pez en el agua. Una *lionne* del gran mundo es para esos criterios tallados en bloc, algo antihumano ó pernicioso que jamás puede compadecerse ni con la tranquilidad del hogar ni con la dignidad del matrimonio ni con otras muchas cosas que son necesarias para la normalidad y dicha de la existencia.

¿Seríamos decir que esos criterios rectilíneos hieran gravemente? No por cierto. Afirmáremos sólo que su punto de vista no varía jamás, que es demasiado restringida su manera de apreciación y que si para el burgués la Moda es la natural enemiga de toda economía y de toda paz, para el poeta, para el colorista, para el escultor, para el novelista, para el filósofo, la Moda es tesoro inagotable de inspiraciones y enseñanzas.

Para nosotros constituye nada menos que el emblema magnífico de la civilización humana, de la dignificación del hombre—y hombre escribimos en el sentido lato de la palabra, que connota á los dos sexos.

Véamos por que pensamos así y para verlo retrocedamos un poco en la vida del planeta—un poco significa aquí centenares de millares de años; que son bien corta etapa si se comparan con la vida milenaria del cosmos: *Todo es nuevo; sólo la naturaleza es vieja...*

**

La aparición del sér humano sobre la tierra, se pierde en las nebulosidades de los primeros períodos geológicos y sus huellas son difíciles de encontrar. Sabemos empero que, físicamente poderoso, pero intelectualmente mísero, el hombre primitivo sufrió muchos siglos una pasión innarrable.

El grito inarticulado, única expresión de sus angustias, repercutía lúgubrementemente en el seno de las florestas opulentas que parecían rasgar el azul intenso de una atmósfera cargada de ozono, y que eran silenciosos testigos de sus luchas con el león *saepelius*, con el gran tigre predecesor del actual y con el mamouth de formidables defensas de marfil, ante el cual nuestro pobre elefante sería como un perro ante un caballo, en relación de fuerza y de corpulencia.

En aquellas titanomaquias portentosas—qué estrechamiento deleitable hubiera dado su espectáculo á los latinos del bajo Imperio y á los latinos de París!—el hombre primitivo era casi siempre el vencido. Sus huesos crujían entre la garras del felino y bajo la mole del paquidermo, y regueros de cadáveres servían de pasto á la voracidad de las grandes aves de rapina...

Y la fuerza proseguía su obra oculta y misteriosa á través de las hecatombes... ante las indiferentes constelaciones geométricas, luminosas y enigmáticas espectadoras.

Cuántas especies destinadas acaso á un porvenir de mayor intelectualidad que la nuestra, perecieron así, en el obscuro recinto de una selva cuaternaria ó en la arena candente de algún circo prehistórico circundado de inmensos monolitos conmovidos á cada paso por las fuerzas plutónicas? El planeta ha guardado su secreto....

**

Mas un día el hombre poseyó la máquina, la máquina absolutamente rudimentaria, pero la máquina en fin. Esta posesión fué sin duda el fruto de seculares esfuerzos de un cerebro casi protoplasmático.

Entre la idea de que una rama de árbol, delgada, tenía punta y la idea de aguzar una rama de árbol, debieron transcurrir muchos siglos, dice un sabio prehistoriógrafo.

Pero la última idea surgió al fin y el hombre primitivo fué desde entonces el más fuerte porque ya poseía el basto y la lanza....

Otra idea asociada proporcionó más tarde el sílex puntiagudo, y más tarde el hacha de piedra... El cerebro, poseedor del primer germen de invención, empezaba á abrirse como una flor milagrosa.

El hombre—no ya antropoide—dejó sus cavernas, abandonó sus vivacs y emigró de los grandes bosques y de las esquivas torrenteras, hacia los planes abiertos, donde las campañas dormitaban en el oro de las tardes estivales... hacia las márgenes de los ríos, de los lagos y de los mares, dejando los seculares y tristes refugios de su miseria, ya que la *máquina* le permitía afrontar los peligros en campo abierto y bajo el pleno palio de los cielos.

Vino entonces la época lacustre. La horda hincó ramas de árbol en el légamo tibio de los lagos y sobre los troncos fundó la cabaña; merced al sílex y al fue-

go, ahuecó el tronco de los gigantes de la selva y la piragua surgió grácil, esbelta, sobre las ondas
 Los varones fuéronse á la pesca y las mujeres quedáronse en la cabaña; el ocio las afinó, el abrigo blando de la choza blanqueó su piel. Sus líneas empezaron á adquirir blanduras y armonías nunca vistas... La civilización comenzaba á crear á la belleza, eterna inspiradora de los poetas....
Et mulier facta est.....

**

Una noche el jefe de la tribu—ya no horda—tornó á la cabaña con un botín precioso que lucía en el fondo de la piragua, entre los palpitantes peces de plata....

Eran unas conchas de irisaciones maravillosas, encontradas entre la arena de la playa.... El caudillo las ofreció ingenuamente á su amada y ella las taladró con un fragmento de sílex, pasó á través de los taladros uno de los más resistentes filamentos vegetales, y rodeó con el primer collar su blando cuello.

Después, otro guerrero, vencedor en la lucha con una fiera, llevó á su novia los lucientes colmillos marfilinos de un tigre y la novia, á imitación de la primera, los ató y rodeó con ellos su garganta....

Más tarde, un mancebo de la tribu tornó á la choza con la fina piel de un cachorro de pantera é hizo presente de ella, á su esclava....

Y un día, un artista ignorado que pulía un homóplato de luciente hueso, halló que su imagen se reflejaba en él como en las aguas tranquilas de una fuente, y donó á la más hermosa de sus siervas el primer espejo.

Nuestra Señora la Moda había nacido é iniciaba su triunfal carrera á través de las civilizaciones....

La Moda ha sido pues el simbolo casi divino de la Redención del Hombre... de su inteligencia y de su dignidad y, coqueta y ligera, sabe sin embargo elevarnos á una serena y alta concepción del Universo.

**

Vino la edad del bronce, al son triunfal de las viejas trompetas orientales; los pastores se convertían en reyes, y Salomón se mostraba vestido de pompa, como un lirio del valle.

La reina de Saba, *nigra sed formosa*, llegaba á rendirle homenaje al paso tardo de sus camellos, vestida de túnica de seda púrpura, calzada con sandalias de oro, cubierta con manto resplandeciente, bajo el parasol multicolor de susurrantes plumas....

De entonces más la mujer era soberana.... Para ella, cavarian los esclavos de bronce las tortuosas vetas de las minas; para ella, descenderían los buzos á los bancos de perlas y corales del misterioso Océano, para ella tejerían las hilanderas los ténues filamentos de los linos, y las naves fantásticas emprenderían su vuelo de lona para llevarle el oro de Ofir y las gomas de Arabia....

La mitra, fingiendo un creciente de luna, ornaría su cabeza; los unguentos aromáticos ungirían sus miembros las más hermosas tintas vegetales, colorearían sus pómulos y los pétalos de sus labios....

En los grandes imperios medo y persa, griego y romano, la moda pasó por todos los avatares, siendo litúrgica y sagrada en las hieráticas civilizaciones asirias, ligera y plástica en el divino Archipiélago, refinada y sensual en la heroica Italia....

Cayó el Imperio de Occidente y llegó la edad media con los pavores y tristezas del Milenario, con las severidades de la doctrina. La catedral gótica se levantó de los valles como una oración de piedra.... Y la Moda tornóse augusta y melancólica.

Moldeaba los bustos el justillo de negro tereopelo, cubría el pecho el plastrón obscuro de heráldicos bordados, caía con elegante sencillez la manga anchurosa rematada en punta, semi-ocultando las niveas manos ducalés.... y la *corneta*, maravillosa como un lirio invertido, era adoptada por las magas de varita de cristal, que vagaban en las selvas pobladas de *alhalis* de cazadores.

**

Pero el Renacimiento resucitó los esplendores idos: tornaron las sedas orientales, las pieles blondas, los unguentos aromáticos.... y la sencillez feudal que debía renacer, merced al capricho de la elegancia mundana, se perdió por entonces en la penumbra de sus castillos y catedrales....

"Las épocas tranquilas ó turbulentas que la mujer atraviesa—dice un autor—influyen en ella, y la Moda que crea; no siendo más que el reflejo de sus costumbres graves ó corrompidas, se manifiesta bajo sus diversos aspectos, austera ó disoluta.

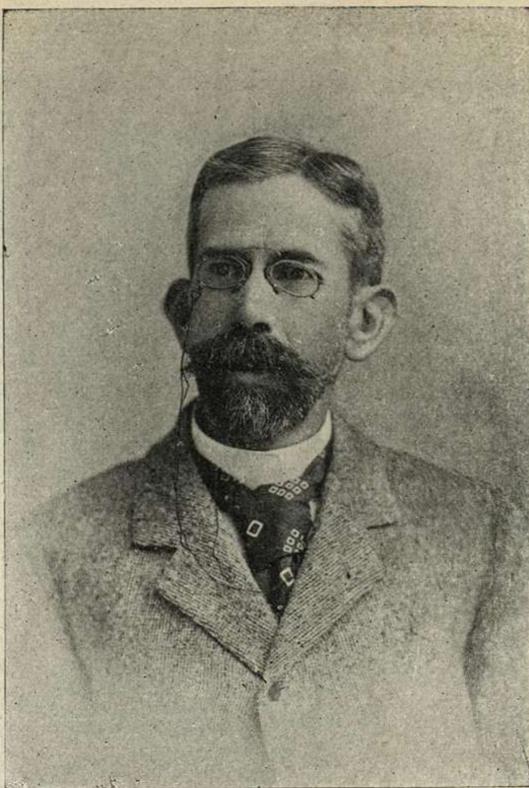
"Después de la Revolución que quería introducir en Francia la severidad de las leyes sociales de los primeros romanos, las francesas no pensaban más que en agrandar y su poder de seducción fué más fuerte que todos los decretos y las medidas tomadas para reglamentar la virtud. Organizábanse bailes en todos los puntos de la capital y las jóvenes rivalizaban en toilettes y en gracia."

Aparecieron entonces las primeras túnicas, las clámides, las ropas de gasa ó de linón y tornó el coturno, con sus encantadoras cintas atadas al tobillo.

"Como nada quedaba del pasado y no podía improvisarse en un día una sociedad con conveniencias, usos y trajes enteramente inéditos, se tomó todo de la historia antigua y de las naciones desaparecidas."

**

A principios del siglo, estuvo en gran boga el disfraz y la licencia en los trajes llegó al exceso, pero en breve la toilette tornó sobre sus pasos. Bajo el Consulado, la moda prescribió luengas faldas de *percal* de las Indias de una finura extrema, con media cauda y bordados al rededor. Bajo el primer Imperio, obtuvieron favor inmenso las telas de oro y plata y los grandes turbantes sembrados de oro, y bajo la Res-



SR. INGENIERO D. BLAS ESCONTRIA,
 Gobernador interino de San Luis Potosí.

tauración, la moda volvió al blanco: flocres de lis, escarpas y cocardas, sombreros á la Enrique IV, provistos de penachos blancos, capotas de crepé, etc.

Hoy la Moda parece inspirarse solo en el pasado, y peregrina á través de las edades pintorescas, recogiendo elegancias y exotismos.... Ma: su imperio no por eso es menos universal y efectivo

Bendígana los coloristas y los poetas. A ella debemos esa agresiva fiesta de colores que pone notas vivas en el gris trivial de nuestras civilizaciones modernas; ella es la suprema orfebre, que hace una joya de la mujer para el encanto del hombre.... Y es ella la tremenda riva nuestra en el corazón de las amadas.... pero es también el alma de la civilización y la perpetua productora del Arte.

DEMETRYOS.

Política General.

RESUMEN.—Una proclama del Czar.—El desarme de las potencias y la paz de Europa.—Las aspiraciones de los pueblos y los ideales de Nicolás II. Viejas rencillas—Odios antiguos.—Francia y Alemania—La Alsacia y la Lorena y la reacción general.—Imposibilidad de vencer al tiempo.—Los hechos consumados—La fuerza y la razón.—Nuestras esperanzas.—Nuestros anhelos.—Conclusión.

Aun no termina definitivamente el conflicto hispano-americano, y los pueblos europeos se sientan tranquilamente á mirar como se desenvuelve el epílogo que se anuncia en las conferencias de París, aún quedan todavía en las grandes Antillas altos problemas que deben resolver, primero los comisionados para el retiro de tropas españolas, y después los plenipotenciarios que han de dirigir la cuestión completa de la paz, cuando se oye la voz de uno de los poderosos de la tierra, cuando se deja escuchar la voz soberana del Czar de todas las Rusias, predicando la paz y la concordia universal, reclamando la buena voluntad entre los príncipes y jefes de Estado, llamando á las naciones á un congreso que haga cesar la preponderancia de los armamentos sobre las grandes aspiraciones de la humanidad.

Si alguna vez ha merecido loor y alabanza un príncipe cristiano, es sin duda en estas circunstancias en que todo concurría á hacer temer una conflagración universal. El Emperador de Rusia se desentiende por un momento de las dificultades que las concupiscencias han provocado en el Extremo Oriente; aparta sus ojos de las tendencias absorbentes que la Gran Bretaña manifiesta por diversos modos en el Continente africano; deja á un lado las viejas rencillas que por más de cinco lustros han apartado á dos grandes potencias en el centro de Europa; cierra los ojos ante los problemas que las diversas razas y opuestos intereses han formulado en el extremo Sur del Africa; se desentiende en un momento de la influencia que pueda tener en los destinos europeos la tendencia decidida, la manifiesta actitud de los Estados Unidos, constituidos ya en una potencia marítima y continental; no mira las incitaciones de Europa hacia el imperio de Ma-

rruecos; nada significan para él la nueva constitución de las Islas Hawai, el repartimiento de Samoa, la suerte de Filipinas, la conquista del Soudan, la soberanía del Transvaal, el engrandecimiento de Abisinia, el destino de Zanzibar, las inquietudes de Afganistán, la humillación de Grecia, las derrotas de España, el sueño en la revancha de Francia, la preponderancia de Alemania en la Europa central: no piensa en nada de eso, y guiado por altísimos sentimientos humanitarios, busca el remedio de una enfermedad general que aqueja y debilita á las viejas monarquías, y quiere congregarse, al son de sus trompetas soberanas, á los pueblos todos de la tierra para la paz y la concordia.

**

Ha escuchado las quejas lastimeras que brotan de las cabañas y se elevan hasta los palacios; ha oído los lamentos desgarradores que lanzan los oprimidos desde el fondo de sus tugurios y desde la humildad de su miseria; ha entendido el rumor subterráneo que mina y socava los cimientos en que se asientan ahora las modernas sociedades; ha visto á los pueblos agobiados por la inmensa pesadumbre de la paz armada; ha observado á las naciones rindiéndose vencidas bajo el andamiaje de una situación insostenible; percibe claramente los clamores que parten, en son de guerra, de las clases inferiores, pugnando por sacudir la esclavitud á que se hallan sejetas por odios añejos, rivalidades oscuras y competencias no comprendidas. Adivina la angustia infinita en que gimen todos los desheredados, viendo que se les pide su ahorro para el presupuesto, su sudor y su sangre para lavar rencores que no comprenden, y los pedazos más caros de su corazón para arrojarlos ante las aras de ese implacable Moloc que se llama el armamento de la paz. Todo eso ha visto como cristiano, todo eso ha sentido como hombre, todo eso ha comprendido como estadista, y arrebatado de un entusiasmo que nunca será bien alabado, que jamás recibirá suficientes elogios, acude á los jefes de Estado, se presenta ante los poderosos de la tierra, y exige de los soberanos un contingente que nadie puede negarle, para proceder el desarme general, para preparar el reinado de la paz, para aliviar las cargas innecesarias que pesan sobre los pueblos, para acudir en favor de los oprimidos, para acallar viejos rencores, para borrar antiguas rivalidades, para olvidar odios y hacer que renazca el amor y la concordia entre los hombres de buena voluntad.

**

¡Qué grande aparece, á los ojos del que piensa y del que siente, el autócrata de todas las Rusias, el padre de un gran pueblo, el señor de millones de súbditos, el jefe de innúmeros ejércitos, el soberano de una gran potencia, al rededor de la cual hacen la corte los fuertes y los poderosos! qué grande aparece, cuando olvidando su grandeza, haciendo á un lado su inmenso poderío, deja la armadura de combate y echa sobre sus hombros el sayal del apóstol, toma en sus manos la cruz del predicador y se adelanta en re las gentes y naciones predicando la buena nueva!

Si Nicolás II representara intereses inferiores, si no fuera el jefe de un poderoso imperio, si no se le hubiera visto cruzar por entre las capitales de Europa, recibiendo homenajes de los pueblos y agasajos de los soberanos, podría creerse que su iniciativa se perdería en el vacío é iría á unirse en el polvo de los archivos, junta con los consejos platónicos que han formulado á la continua los congresos de la paz de las diversas naciones.

Pero el Emperador de Rusia, aparte de llevar en su bandera una idea humanitaria y digna de aplauso por mil títulos, significa también la fuerza, significa también el equilibrio, pues, astro de primera magnitud, hacia su centro han gravitado los gabinetes, en derredor de su grandeza se han agitado las potencias, y los grandes y los poderosos de la tierra se han disputado el honor de llamarse sus amigos y apellidarse sus aliados.

**

Cierto es que á las manifestaciones de Cronstadt correspondieron los agasajos de Tolón, que al delirio y al entusiasmo de París contestaron los homenajes de Peterhoff; que como temiendo una inteligencia en Breslau á favor del orgulloso Hohenzollern, el pueblo francés agotó sus testimonios de adhesión en pro del autócrata moscovita; es verdad que detrás de todos estos supremos artificios de



LA CANCION FAVORITA DEL SULTAN. Fabrés.



"Hubo hace mucho tiempo un rey....."



El cadáver del General Diez Gutiérrez en la capilla ardiente.

un gobierno y de un pueblo, se vislumbra el deseo de la venganza y la reivindicación; nadie duda que detrás de la alianza rusa, la República francesa, representada por su gobierno y encarnando las aspiraciones del pueblo, cree encontrar la soñada restitución de las provincias perdidas después de la catástrofe de 1870; pero no son éstas, al parecer, las consideraciones que ha pesado el Czar para lanzar á los cuatro vientos de la publicidad y á la consideración de todos los gabinetes, su proclama de la paz universal y su iniciativa del desarme gradual y progresivo.

Si tuviera en cuenta la devolución de Alsacia y de Lorena, ¿por qué no habría de tomar en consideración la restitución de Holstein, la rehabilitación de la casa de Austria, la devolución de las provincias Balkánicas á Turquía, la reintegración de los departamentos alpinos á Italia, la desintegración del reino constituido por la casa de Saboya, la reconstitución del poder temporal del Papa, y en general, la reposición de las cosas y el restablecimiento de los Estados tal y como estaban constituidos hace treinta años? ¿Por qué Nicolás II no habría de intentar el retrotraimiento del tiempo y la reconstrucción del mapa de Europa tal y como se había marcado en nombre de la fuerza antes de la guerra franco-alemana?

Porque con semejantes tendencias su obra se habría considerado puramente ilusoria y sus palabras se habrían perdido en el vacío, como las creaciones de una imaginación calenturienta ó las fantasías de un soñador insensato.

* *

Piensen algunos que, antes de hacer su proposición á los gabinetes europeos, ha consultado con su aliada la República Francesa. Si ha existido esta consulta ó no, no es preciso averiguarlo: ha aceptado los hechos consumados; no puede oponerse á la corriente general; es impotente para iniciar una reacción imposible que cambie las fronteras y trastorne las actuales relaciones de los gobiernos; no puede pretender que Alemania renuncie á sus conquistas, porque él tampoco puede abdicar de sus expansiones en el Oriente, ni renunciar á sus dominios en el Sur. Después del tratado de Francfort-sur-Meine, está la convención de Berlín; simultáneamente con el sitio de París, está la entrada de Víctor Manuel á la Roma de los Papas; después de la germanización de la Alsacia y la Lorena, está la creación de los Estados balkánicos con menoscabo del imperio turco; después de la derrota de Francia, está la unidad de Italia; y tras de la unidad de Italia está la erección del poderoso imperio de los Hohenzollern. Imposible volver á los tiempos pasados, imposible retroceder á condiciones que casi se han olvidado en la débil memoria de los gabinetes. Lo que hay ahora, lo que reclama el concurso de los fuertes y la cooperación de los poderosos es el clamor que se levanta de las clases productoras, pidiendo un alivio en su apura-

do trance, pidiendo un descanso en su tarea abrumadora, pidiendo la disminución de los impuestos que pesan cada vez más sobre las clases trabajadoras, el recorte de los presupuestos de guerra y marina, que lanzan á las naciones á competencias indefinidas, por medio de sacrificios extraordinarios, reclamados principalmente del proletario y del contribuyente. Lo que debe temerse, ante todo, es la revolución social que se oye como un canto fúnebre entre los himnos de grandeza, que se escucha como nota discordante entre los himnos de la apoteosis: y por eso se pide, se ruega y se suplica el desarme gradual y progresivo, la cesación de los *déficits* que alteran las finanzas de todos los gobiernos, la suspensión de los armamentos indefinidos que conducen á los pueblos á un estado de tensión insostenible, más costoso, más difícil, más trabajoso que el estado de guerra.

Por eso creemos que al llamamiento del Czar acudirán todos afanosos, porque el Czar significa la fuerza y porque representa la razón; y él, el autócrata, habla en nombre de los miserables y de los pobres, de los desheredados, de los que no tienen voz ni voto en los concejos de las naciones.

* *

Aparte del problema de la paz y la concordia, hay el problema económico que corre parejas con la solución impuesta por el autócrata moscovita. Millares de obreros que se dedican á la in-

dustria de la guerra pueden quedar sin trabajo; millares de trabajadores que encuentran honrada ocupación en los arsenales y maestranzas, hallaránse de la mañana á la noche con las manos vacías y sin tener en qué emplear sus actividades; millones de hombres que se consumen en el cuartel y en las fortalezas, que agotan sus energías haciendo interminable centinela con el arma al brazo, se verán privados de los medios de subsistencia. Es verdad; pero hace años que los talleres se sienten exangües, que los campos reclaman la concurrencia de brazos, que las industrias todas piden á gritos nuevos elementos para su desarrollo: allí pueden dirigirse todos los desocupados, allí encontrarán campo á sus actividades todos los licenciados, y los inmensos capitales, cuyas poderosas energías se dedicaban á los aprestos de guerra, podrán encontrar natural y fructífera aplicación en los altares de la paz.

* *

Alguien dirá que nos dejamos arrebatar por locas fantasías, que deslumbrados por la grandeza de la idea que sólo ha podido formular al Czar de Rusia; cerramos los ojos ante todas las dificultades y vemos liso y llano el camino para la realización de un bello ideal. No es verdad; no se nos ocultan los obstáculos que hay que vencer, no se nos esconden los problemas de diverso género que han de resolverse antes de aceptar el gran pensamiento del filantrópico Romanoff; pero tenemos fé en la humanidad, creemos en los inspirados, esperamos en los privilegiados, amamos á los videntes, tenemos confianza en los que se adelantan á su época y son capaces de desafiar el medio ambiente, para hacer triunfar sus ideales.

Por algo han existido los mártires y los apóstoles. No siempre la luz ha de brotar del fondo: á veces llueve desde lo alto y penetra como rocío del cielo á confortar los corazones que lloran, á consolar las almas que sufren, á levantar los espíritus que caen.

* *

Extraña coincidencia. Envuelto en su manto medioeval, acaba de caer en el sepulcro el príncipe de Bismarck, que encarnó en su espíritu poderoso el tremendo principio de que la fuerza está por encima del derecho—*la force prime le droit*—acaba de extinguirse una existencia que como montaña de granito pesaba sobre los pueblos, é imponía á las naciones el reinado de la fuerza; el *bismarckismo* se respiraba en la atmósfera, y formaba parte de las ideas dominantes en todos los gobiernos. ¿Por qué no ha de cesar ese reinado? ¿Por qué no ha de escucharse el dictado de la razón. Por qué no ha de cegarse el abismo hacia el cual caminan todos los pueblos y en cuyas fauces negras amenazan hundirse todas las naciones? ¿Por qué no sehan de detener todas las gentes en el camino que les marcó la política de Bismarck y la espada de Moltke? ¿Por qué no ha de haber una tregua, un descanso siquiera en esa lucha tenaz, en esa competencia de los pueblos contra los pueblos? ¿Por qué no hemos de ver un



Cementerio del Saucito, donde fué inhumado el cadáver del General Diez Gutiérrez.

pedazo de cielo azul en medio de este desmoronamiento general de creencias, de este aniquilamiento de ideales, de este hundimiento de aspiraciones poéticas? ¿Por qué no hemos de llegar á la meta de que nos han hablado los poetas en sus cánticos y los filósofos en sus predicaciones?

Quién sabe! Mientras la estatua de Strasburgo reciba en París protestas en forma de coronas de encina y de laurel, mientras la estatua de Germania reciba amenazas en forma de hermosas ofrendas, los grandes ideales del Czar encontrarán obstáculos que vencer; pero él representa la razón, representa la fuerza, encarna la aspiración de las multitudes ¿por qué no ha de triunfar?

X. X. X.

2 de Septiembre de 1898.

La próxima coronación

DE LA REINA GUILLERMINA DE HOLANDA.

Al entrar en la mayoría de edad el 31 de Agosto, Guillermina, la reina de Holanda, entra en posesión de su título y de su trono.

El reino de Holanda sólo existe desde los años de 1806 á 1815 cuando Luis Bonaparte fué hecho rey de este país. Después, tres reyes se han sentado en el trono holandés, los tres Guillemos, los Príncipes de Orange, descendientes del famoso Guillermo de Nassau, el ilustre patriota y campeón de las libertades de Holanda, y que, en el siglo XVI dirigió el Estatúder, y condujo todos los asuntos militares y políticos del país.

Todos los vástagos de esta familia han sido notables como gobernantes, diplomáticos ó guerreros. El príncipe de Orange, murió asesinado en Delft en 1534; su hijo Mauricio fué el más notable guerrero de su tiempo. Federico Enrique, durante la guerra de treinta años levantó su país á una altura considerable. El rey Guillermo III de Inglaterra era descendiente de esta ilustre casa.

En el siglo presente, Guillermo II de Holanda se distinguió durante las guerras napoleónicas, y fué quien preparó, por su derrota á los franceses en Quatre Bras, la victoria de Waterloo.

La actual reina es el último heredero de la familia de Nassau, que pretende ser la más antigua de las reinantes. Su padre Guillermo III, fué casado primero con Sofía, hija del Príncipe de Wurtemberg, que murió sin dejar sucesión. A la edad de 62 años pretendió la mano de la Princesa Emma de Waldeck Pyrmont, con quien contrajo matrimonio. Al cabo de un año nació la Princesa Guillermina, que actualmente va á gobernar Holanda.

La coronación de ésta se celebrará en Amsterdam el próximo día 6 y ocupará el trono, cuando apenas tiene dieciocho años.

Indudablemente las ceremonias imponentes, la solemnidad de la coronación, impresionarán á esta niña educada por la reina viuda en la sencillez más completa.

La joven reina partirá del Haya donde ha pasado su cumpleaños en compañía de su madre, el día 5 seguida por el séquito que tomará parte y asistirá á las ceremonias.

La coronación se hará en Nienwe Kerk, que es el templo más importante de Amsterdam, aunque no tiene el carácter de catedral y seguramente es poco amplio.

La más interesante de las ceremonias será cuando la Reina pronuncie el juramento concebido en estos términos.

«Juro al pueblo holandés que observaré y mantendré siempre la constitución. Juro que defenderé y guardaré con todo mi poder la independencia y el territorio del reino; que protegeré los derechos públicos y privados de todos mis súbditos y que emplearé todos los medios que la ley me confía para cuidar y sostener el bienestar nacional é individual, como debe hacer una buena soberana. Y que Dios me ayude.»



Sr. D. Delfin Sánchez Ramos,

✠ EL DÍA 26 DE AGOSTO ÚLTIMO.

Al terminar la ceremonia se envían miles de palomas correos preparadas de antemano, para que vayan á llevar la noticia á todas partes anunciando que Holanda tiene nueva reina.

Las fiestas públicas durarán varios días, al cabo de los cuales, la Reina regresará á su palacio de la Haya, donde ha pasado su infancia y ha sido educada bajo la inmediata dirección de la Reina regente, que ha sido su principal maestra, y se conducía con ella, decía, como cualquiera maestra, con no importa que discípula.

Además, durante las lecciones, la Reina Regente prohibió que se le diera el tratamiento de Alteza. La labor de esta educación ha tenido por punto de vista la sencillez un poco democrática, sin perder de vista los futuros destino de la Princesa. Se cuenta que la Reina Regente no tenía reparo en permitir á su hija jugar con otras niñas. Durante un día de invierno, la Reina Regente paseaba en trenes, con su hija que entonces tenía 10 años, cuando encontraron un grupo de niños que jugaban arrojándose unos á otros bolas de nieve. La Princesa obtuvo permiso para reunirse al grupo de niños y durante media hora la futura Reina de Holanda estuvo dando y recibiendo golpes en medio de la turba de niños que no sedaban cuenta de quien estaba entre ellos.

La primera aya de la Princesa fué una francesa, Mile Siotard, quien le habló en su idioma desde que tuvo 4 años. Aprendió el inglés y algunos otros idiomas, pero no el alemán, porque el rey Guillermo III tenía positivo horror á esta lengua.

Una de las cuestiones más interesantes es la que se refiere al matrimonio de la joven Reina, en la que, según se asegura, aun piensa permanecer soltera, y parece resuelta á hacer un casamiento de corazón cuando llegue el caso.

Las colonias se han apresurado á mandar regalos con que contribuyen al esplendor de la coronación. La Reina Guillermina es una de las más ricas, si no la más rica de las soberanas de Europa, pues la lista civil de Holanda, agregada á las rentas coloniales, alcanza á 15 millones de pesos por año.

LA CASA IMPERIAL DE RUSIA.

Siendo muy joven la princesa María Dagmar de Dinamarca, fué solemnemente prometida en matrimonio al joven Nicolás, heredero del trono de Rusia é hijo mayor del Czar Alejandro II de Rusia. El príncipe Nicolás era el ídolo de su pueblo que

esperaba la asunción á la libertad cuando ciñera su frente la corona del Imperio moscovita.

A la inteligencia de su padre se adunaban en el futuro Czar las perfecciones de su madre la Czarina María, princesa de Hesse. Fué educado por extranjeros y en país extranjero: era en consecuencia, un cosmopolita y un hombre de sociedad: su tacto, sus conocimientos y su amabilidad le valían una gran influencia sobre todas las personas á quienes trataba. Nada más natural que su novia, la princesa Dagmar, lo amara.

Alejandro, hermano de Nicolás, no tenía ninguno de los atractivos que á éste distinguían. Su tipo era bien diferente, el de un rudo soldado moscovita.

Los dos hermanos se querían mucho, y un día que estaban haciendo ejercicios de fuerza, Alejandro que era el más robusto, dió tal golpe con su manaza de martillo á Nicolás, que el Czarvich cayó en cama y murió de ahí á poco.

Alejandro lo acompañó hasta el último momento; junto al lecho de muerte de Nicolás, conoció á la princesa Dagmar, llamada para que acompañase á su novio durante su enfermedad.

La familia imperial y la corte rusa, sintieron honda tristeza al pensar que la corona de los Czares estaba destinada á Alejandro: todos lo respetaban por su rectitud y sus cualidades militares, pero comprendían que no estaba preparado para asumir la inmensa responsabilidad de Jefe de un gran Estado.

Pensaron desde luego en darle á la prometida de su hermano ya que iba á ocupar el lugar que le correspondía como heredero del trono.

El matrimonio así concertado fué extraordinariamente feliz, y cuando murió Alejandro II, lo sucedió en el trono su hijo Alejandro III.

Este descuidó la educación de su hijo mayor Nicolás, pues la Czarina ocupó en su espíritu el lugar que correspondía al heredero del trono y nunca pensó en darle esa preparación especial que requiere el ejercicio de un poder supremo y absoluto.

La princesa elegida para consorte del futuro Czar Nicolás, fué una de la casa de Hesse-Darmstadt. La elección agradó á todos, excepto á la elegida: era luterana y debía convertirse á la religión griega ortodoxa, y además el Czarvich no poseía ninguna de las cualidades que ella admiraba. Sin embargo, como una mujer de su alcurnia tiene que sacrificar sus sentimientos á los intereses dinásticos, cedió la joven princesa, y después de haber sido instruida en los dogmas y ritos de la Iglesia de Oriente se casó con el príncipe Nicolás.

Se dice que la Czarina ejerce una gran influencia en la conducta de su marido, y que ha sabido comprender sus deberes de emperatriz de una autocracia, haciendo mil esfuerzos en pro de la civilización del Imperio moscovita.

El hermano del Czar, el Gran Duque Nicolás, es un joven de mucho talento. Como su tío Nicolás, fué educado por extranjeros y en el extranjero.

Durante muchos años su salud fué tan delicada que se temía su muerte; pero poco á poco se fué robusteciendo. Es aún el heredero presunto del trono, porque el Czar sólo ha tenido hijas.

El Gran Duque Miguel, tercer hijo del difunto Czar es un soldado de diez y nueve años. Está perfeccionando su educación y poco ó nada sabe el mundo de lo que promete para el porvenir.

Es difícil considerar á Rusia é Inglaterra como enemigas conociendo los vínculos de sangre y afectos que ligan á las familias reinantes de ambos países.

Entre el Duque de York y el Czar, primos hermanos, existe una semejanza fisonómica sorprendente y una amistad fraternal.

Por otra parte, la Czarina es la nieta predilecta de la Reina Victoria.

Nuestros Grabados.

La Reina Guillermina.

Joven, inteligente y agraciada. Hermosos cabellos de un rubio castaño. Ojos expresivos; color de una frescura suavísima—ese color de la piel de las holandesas;—fisonomía simpática que á la vez revela energía de carácter, talla mediana y maneras exquisitas.

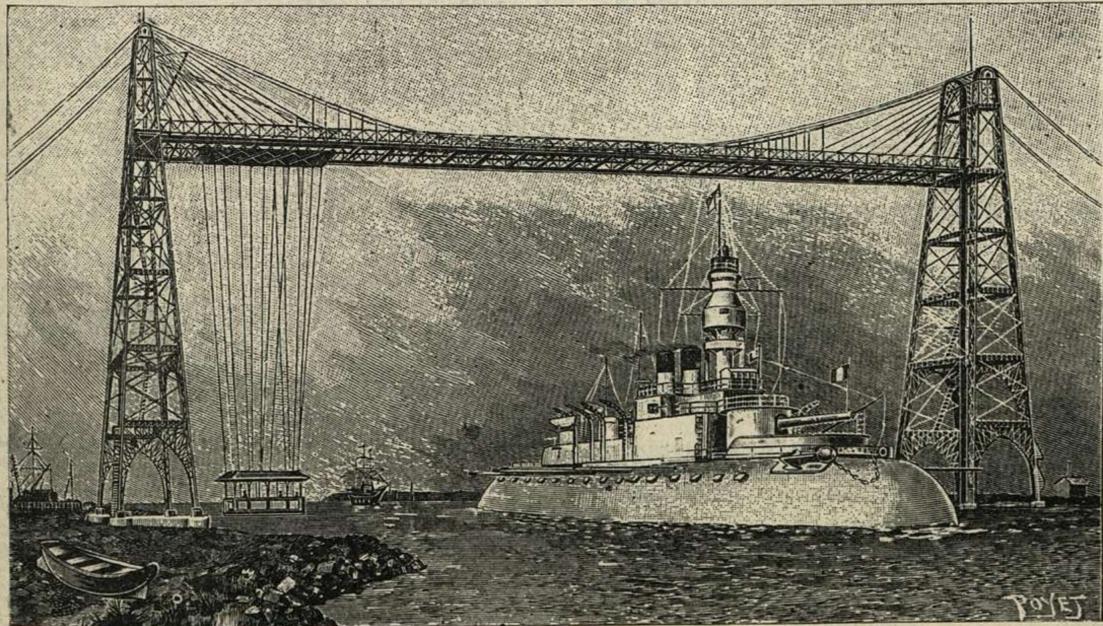
Ha recibido una educación cuya base es el desarrollo de las cualidades que el pueblo holandés ha elevado á la altura de virtudes primordiales.

La Reina Regente daba á Guillermina una suma de dinero cada semana para sus gastos personales; de ella tomaba para comprar los regalos que hacía á los otros niños de Palacio y cuando le faltaba lo necesario, compraba los útiles indispensables, y ella con sus propias manos bordaba ó tejía los objetos con que deseaba obsequiar á sus amiguitas. Sabe coser en máquina y conoce los precios de las telas y adornos de sus vestidos.

Como todos los objetos de su uso personal, coches, caballos, etc., han sido suyos á la manera como entienden el derecho de propiedad, los que tienen una riqueza limitada, no es para ella indefinido y vago tal derecho: lo reconocen en los demás con una conciencia clara de lo que vale ese reconocimiento. Cuéntase que hace poco visitaba unas minas, y como le agradase una muestra de carbón de piedra, en vez de ordenar que se la llavasen, preguntó con adorable sencillez: Podría llevar esto?

**

Guillermina ha sido una niña aplicada al estudio y metodiza tanto sus horas de trabajo que ha podido sacar el maximum de utilidad, sin cansar su espíritu ni enfermarse. Se levanta invariablemente á las siete, á las ocho almuerza y á las nueve empieza á trabajar. Los



Puente de transborde en el puerto de Bizerte.



El Presidente McKinley y su Gabinete, discutiendo las condiciones de la paz.

maestros deben presentarse al gabinete de estudio, algunos minutos antes de la hora señalada y al sonar ésta se presenta la reina, da su lección y si el tiempo no alcanza, al minuto preciso en que debe acabar la clase, da los buenos días al profesor y empieza con la clase siguiente. Así se suceden las lecciones hasta las once y media.

Guillermina habla varios idiomas, y tiene además conocimientos científicos y literarios, toca, pinta á la acuarela; en una palabra, sigue el camino que lleva á la alta cultura.

* * *

Las relaciones entre la Reina Regente y Guillermina son cariñosísimas. Cuando la lluvia no les permite salir, pasan sus horas de descanso en pláticas íntimas; pero las manos no están ociosas, mientras hablan madre é hija, ocupan en alguna labor.

Los negocios de Estado retienen á la Reina madre la mayor parte del tiempo en el Consejo y sólo breves horas puede consagrar á su hija á la que ama con ternura infinita.

La gente de la corte ve muy pocas veces á Guillermina. La madre ha querido preservarla de las intrigas cortesanas hasta que, sana de espíritu y robustecida por una educación completa, pueda afrontar los peligros de su elevada posición.

Ha habido peculiar cuidado en su régimen higiénico. Por nada se desvía del método impuesto para la conservación de su salud. Ni cuando ha recibido la corte de Holanda huéspedes regios deja su sistema.

Una noche debía de haber iluminación y desfile en honor del Emperador Guillermo y de la joven reina; aquél pidió permiso á la Regente para que la soberana presenciara el espectáculo:

«No - dijo la Reina Emma, — el descanso debe preferirse á la distracción y la obediencia vale más que una tolerancia acaso perjudicial.»

El Sr. Ingeniero D. Blas Escontría.

El Gobernador interino del Estado de San Luis Potosí es un ciudadano distinguido que debe á sus altas cualidades personales, la posición política que hoy ocupa.

Durante muchos años ha sido el Sr. Escontría Director del Instituto de Ciencias y ha ocupado otros puestos públicos, señalándose en todos ellos su acción como hombre ilustrado, prudente y sereno.

La sociedad potosina dispensa al Sr. Escontría vivos sentimientos de respeto y simpatía.

Las honras fúnebres del Sr. General Diez Gutiérrez.

Por no haber llegado á tiempo no publicamos en nuestro número anterior los grabados que representan las honras tributadas al Sr. Diez Gutiérrez, en la

Sala de Sesiones de la Legislatura de San Luis, y el cortejo que acompañó al cadáver del difunto Gobernador al cementerio del Saucito.

Nuestros lectores conocen ya en todos sus detalles las escenas á que estos grabados se refieren.

Puente de transbordos en Bizerte.

Bizerte, el Brest del Africa del Norte, está destinado á ser, gracias á su situación geográfica y á los trabajos que últimamente se han ejecutado, uno de los puntos más importantes del Mediterráneo.

El antiguo puerto puede abrigar ahora una flota entera. Hace dos años se iniciaron los trabajos de restauración; antes Bizerte era uno de los puertos más inseguros, y sólo en la estación de bonanza lo visitaban barcos de cabotaje.

Para entrar á la rada hay entre Zarzouna y la ciudad nueva, un canal suficientemente cómodo que pueden franquear los buques de mayor calado.

La particularidad del puerto de Bizerte consiste en el puente de transborde sistema Arnodin y Palacio.

Este sistema funciona ya en España en la desembocadura del Nervión entre las Arenas y Portugalete.

Es un puente colgante de cuarenta y cinco metros de altura sobre el nivel del agua, á fin de que no estorbe el paso de los paquebots.

Tiene una canastilla tirada por cables y una máquina fija de vapor.

El nivel de la plataforma coincide con el de los muelles de cada lado del canal.

De este modo el embarque y desembarque se practica con extraordinaria facilidad y rapidez suma.

El Presidente McKinley y su Gabinete.

La trascendencia del protocolo firmado por el Presidente de los Estados Unidos y M. Jules Cambon, en representación aquel de la Nación que gobierna y éste de la española, para arreglar los preliminares de la paz entre ambas potencias, determinó necesariamente serias conferencias en el gabinete de Washington, especialmente constituido en consejo para discutir la situación.

En nuestro grabado aparecen las figuras prominentes que condujeron la política americana en la última lucha, cuyo resultado definitivo será el que tenga la conferencia de París.

Hay muchos que todos lo esperan y no trabajan por merecer algo.

STOUT

Hay espíritus para todas las necesidades y necesidades para todo, los espíritus.

CHRYSCS.

Don Delfin Sánchez Ramos.

Murió este distinguido miembro de la Colonia Española, muy conocido como uno de los millonarios más emprendedores de nuestro país. Publicamos hoy su retrato y algunos rasgos de su vida.

Nació en Alba de Tormes, provincia de Salamanca, el año de 1838. Sus padres, D. Andrés y Doña Isabel trasladaron su residencia á Santander, en donde vivieron muchos años.

Nombrado Administrador de Rentas Estancadas de Cabezón de la Sal, el padre de D. Delfin, allí trasladó á su familia, é ingresando el Sr. Sánchez Ramos al famoso Colegio de Villacarriedo, donde con notable aprovechamiento, cursó durante siete años los estudios de ciencias y letras, necesarios hasta obtener el título de bachiller en artes.

El año de 1856, llegó D. Delfin á la Isla de Cuba, donde dedicado al comercio estuvo hasta 1864 en que dispuso trasladarse á nuestro país.

Recién llegado á México, trabó íntimas relaciones con el acaudalado comerciante D. Vicente de la Fuente, el que conocedor de las buenas dotes y aptitudes del Sr. Sánchez, lo asoció desde luego á sus negocios, confiándole su gerencia y dirección, hasta que por muerte de dicho Señor de la Fuente, fué disuelta la sociedad y se dedicó por su cuenta á diferentes negocios.

En 1868 contrajo matrimonio con la Señorita Felicitas Juárez, hija del benemérito D. Benito, entonces Presidente de la República, y de cuya unión hubieron hijas, Carmen é Isabel, casadas hoy con los Sres. Don Javier Algara y D. Ramón Corona, respectivamente.

Hombre activo y emprendedor, D. Delfin Sánchez, acometió grandes empresas de positiva utilidad para el país, siendo las más importantes la construcción del ferrocarril llamado de Morelos, hoy Interoceánico, y el de Tehuantepec.

En la época en que el Sr. Sánchez se hallaba en los terrenos del Istmo, comenzando los trabajos del ferrocarril de Salina Cruz á Coatzacoalcos fué atacado del cólera, epidemia que causó tantos estragos en aquellas comarcas en el año de 1882.

Por servicios á su país y al nuestro, mereció el Sr. D. Delfin Sánchez distinciones varias, entre otras la que alcanzó de la corona de España: la *Gran Cruz de la Real y distinguida Orden Americana de Isabel la Católica*, cuyas insignias jamás ostentó por natural modestia.

Pudo contarse el Sr. Sánchez entre los amigos más distinguidos del Señor Presidente de la República, quien le dió buenas muestras de su aprecio en muy diversas ocasiones.

La muerte del Sr. Sánchez causó positiva sensación en todos los círculos sociales. Su entierro fué, por la comitiva principalmente, uno de los más suntuosos que se han visto en México.

Enviamos nuestro pésame más sincero á su respetable familia, y con especialidad á nuestro distinguido amigo Don José Sánchez Ramos.



La Señorita de Noyan.

Al declinar la tarde del 25 de Abril de 1825, una carroza blasonada, tirada por dos caballos blancos, entró en el patio de honor del Palacio del Luxemburgo y se colocó detrás de los carruajes que la habían precedido. El lacayo saltó de su sitio y acercándose a la escalera dijo a los húsares de servicio

—Haced avisar a Su Señoría el Marqués de Noyan que la señorita de Noyan le aguarda

Al oír este nombre que era el de uno de los miembros de la Cámara alta, uno de los húsares corrió a cumplir el encargo mientras el lacayo junto a la reja esperaba su regreso. Poco tuvo que aguardar pues en breves minutos volvió el comisionado y siguiéndolo vino grave y erguido un anciano que vestía levita larga oscura bajo cuyas faldas se descubrían calzas del mismo color; llevaba chaleco blanco y medias negras restiradas sobre unas pantorrillas finas y vigorosas; calzaba zapatos de hebilla y oprimía sus sienas con un sombrero de anchas alas.

Era el Marqués de Noyan. Emigrado durante la Revolución y el imperio y apasionado de la monarquía, nada había aprendido ni olvidado en el destierro y regresó en 1814 con Luis XVIII que lo colmó de distinciones. Coronel en los tiempos de Luis XVI y Mariscal del ejército de Condé, al volver los Borbones fué nombrado par de Francia miembro del Consejo del Rey y gentil-hombre de Cámara.

Parecía, pues, que colmadas sus aspiraciones por la munificencia real nada tendría que desear, y sin embargo llevaba en el corazón un triple duelo, pues en el destierro había perdido a su nuera, a su esposa y a su hijo único y no le quedaba más que una nieta a quien adoraba, sin que este amor le consolara de la pena de no tener un heredero varón, lo cual le hacía inquieto, suspicaz, escéptico é implacable con los enemigos del trono. Sólo la niña podía vanagloriarse de ejercer cierta influencia sobre este corazón acorazado dentro de sus decepciones, y su vanidad: con ella el anciano se dulcificaba.

Cuando llegó a la reja, su fisonomía cambió, y sus ojos se iluminaron con un relámpago de alegría al distinguir a Amelia (este era el nombre de la señorita de Noyan) que asomaba a la portezuela de la carroza una cabecita coronada de cabellos rubios sujetos por un sombrero a la moda. Saludándola desde lejos admiró su fisonomía grave y dulce tan semejante a la del llorado hijo y luego vino a sentarse al lado de Amelia.

—¿Le hice esperar a usted mucho abuelito? preguntó ella besándole la mano.

—No, querida niña, llegaste al terminar la sesión. ¿Dónde deseas ir?

—La Señora Duquesa de Berry me avisó que hoy me aguarda.

—A las Tullerías! ordenó el Marqués al lacayo y luego añadió dirigiéndose a su hija: Mientras tú estas con la Duquesa yo iré a visitar al rey; quiero hablarle del debate que acabamos de sostener en la Cá-

mara de los pares El Conde de Villele es un ministro deplorable.

Salió el coche y tomó a buen paso por la calle de Tournon. Derr. pente se espantaron los caballos a causa de un carretón que pasaba a su lado con violencia; se encab. taron al sentir el choque, y partieron desbocados.

Bajando el cristal delantero el Marqués interpeló al cochero.

—¿No puedes dominar a tus caballos, Gaspar?

No obtuvo respuesta y se puso a ver con inquietud a la niña

—No tengo miedo, Abuelito, dijo ella

Y un poco pálida, con la mano en la mano del Marqués, apareció más tranquila de lo que era de esperarse.

La carrera seguía vertiginosa y en una de las sacudidas que sufrió la carroza, el cochero fué arrojado del pescante. Amelia le vió caer, levantarse y correr en pos de las bestias sin acertar a contenerlas. Algunos hombres valerosos que quisieron ayudarle, no fueron más afortunados. En todo el tránsito las gentes se apartaban espantadas alzando los brazos al cielo, pues parecían destinados a perecer ese anciano y esa niña cuyo perfil se distinguía como la visión de un ensueño.

Algunos minutos nada más y el coche, arrebatado como por un torbellino, iba a llegar al malecón pues estaba ya al fin de la calle del Sena que entónces como hoy lamía los muros del Instituto. Allí estaba el peligro, en ese muro contra el cual los caballos se estrellarían y estrellarían el carruaje debilitado ya por los golpes del camino.

El Marqués y su nieta, con una simple ojeada midieron este peligro y la niña dijo:

—Abraçémonos, padre mío, y encomendemos nuestras almas a Dios.

—¡Mi fortuna para quien la salve! gritó él desprendiéndose de los brazos de la niña y asomando por la portezuela su brazo con los brazos extendidos é implorando socorro.

Sintiéndose perdida Amelia, se refugió al fondo del coche y cubrió con las manos su rostro, lívido por el terror. Esperaba el choque segura de morir y rezaba en voz baja sus oraciones.

De pronto el carruaje se detuvo por una violenta parada de los caballos y a derecha é izquierda las portezuelas fueron abiertas y el Marqués y su nieta fueron puestos en la calle por manos salvadoras sin haber sufrido lesión alguna

Pronto supieron los testigos de esta escena conmovedora, que en momento de chocar el carruaje con el muro un joven se abalanzó a los caballos y luchó y se debatió hasta que derribado el uno arrastró al otro en su caída. Los transeúntes, electrizados por este ejemplo, corrieron a ayudarlo y quedó conjurada así la desgracia.

Tranquilizada Amelia, buscaba con los ojos a su

abuelito, en tanto que las gentes se agrupaban en torno de ella preguntándole si no estaba herida. Con deseos de dar las gracias a su salvador, pedía informes de él, cuando se lo enseñaron traído en brazos de algunas personas que acababan de levantarlo del suelo, a donde cayó sin conocimiento herido en mitad del pecho por la lanza del coche en el momento que detuvo los caballos.

—¿Está muerto? preguntó ella temblando.

—Respira aún, señorita, le respondieron.

El Marqués se aproximó

—¿No hay por aquí un hospital donde pueda llevarse a ese infeliz? preguntó.

—Oh, papá! ¡Enviar a un hospital al que nos salvó la vida! gritó la señorita de Noyan.

—¿Y dónde crees que se le puede atender mejor?

—En mi casa: en el palacio de Noyan.

—Hágase como lo quieras.

Y resignándose de mala gana, dió sus órdenes a los desconocidos que lo rodeaban. Pronto, en sustitución del coche que había quedado inservible, vinieron dos fiacres de alquiler y en uno de ellos se colocó al herido siempre desmayado y a su lado y para sostenerlo, un médico que llegó oportunamente. En el otro, subió el Marqués con su nieta.

Naturalmente, la multitud les seguía, lo que tenía muy contrariado al Marqués, y si se hubiera atrevido, habría hecho que la policía disolviera ese grupo cuyas simpatías eran todas para el joven heróico que se había sacrificado por salvar a unos desconocidos. Afortunadamente pronto se llegó al palacio, cuyas puertas se abrieron para dar paso a los carruajes en el patio, y se cerraron para impedir la entrada a los curiosos

Los criados del Marqués transportaron inmediatamente al herido (que aún no recobraba el conocimiento) a un salón del piso bajo mientras se le preparaba departamento más apropiado.

El señor de Noyan y Amelia, observaban con ansiedad al médico mientras éste palpaba y auscultaba al herido, y se sintieron consolados cuando éste les informó que no había señales de fractura alguna, y que en pocos días sería hecha la curación.

Aquí quedará hasta que se restablezca, dijo la señorita de Noyan ¿no es así, papá?

—Y luego le recompensaremos dignamente, añadió el Marqués

—Es preciso averiguar su nombre, dijo Amelia, y si tiene padres, mandarles avisar.

—Podemos preguntarlo a él mismo, interrumpió el médico, sorque ya vuelve en sí.

—Bendito sea Dios! exclamó la joven

Y transfigurada, más conmovida aún que cuando le creyó muerto, contempló a este joven de fisonomía a la vez altiva y dulce, pálido é inmóvil. El abrió sus grandes ojos oscuros llenos de admiración y los fijó en las personas presentes.

—¿Qué me ha sucedido pues? preguntó.

El Marqués se inclinó cerca de él.

—Al socorrernos á mi hija y á mi, ha sido usted víctima de su valor, pero felizmente el Doctor asegura que dentro de pocos días estará usted restablecido.

—Pero quién es usted, señor?

—Soy el marqués de Noyan.

Al oír este nombre, el joven se estremeció y sus facciones se contrajeron con una expresión de cólera y de terror. Luego se levantó exclamando:

—Que se me lleve de aquí! no quiero estar en esta casa, no quiero.

Y se debatía en los brazos del médico que se esforzaba por sujetarlo. De improviso sus miradas se fijaron en la cara de Amelia conmovida y bañada en lágrimas, y entonces se cruzó de brazos y se le oíó murmurar:

—¡Su hijo!

Apaciguada la excitación, sus facciones conservaban todavía cierta expresión de sorpresa y desconfianza, pero se había borrado la primera expresión de horror.

Amelia le dijo:

—Se diría que el nombre de mi abuelito le ha traído á usted algún penoso recuerdo!

—Es la primera vez que lo oigo pronunciar contestó él con firmeza.

—¿Por qué entonces quiere usted dejarnos?

—¿He dicho que quiero irme? preguntó, dueño ya de sí mismo y como si la pregunta le admirara. Entonces había perdido la razón. No siento sino gratitud por los cuidados de que soy objeto.

Estas palabras y la declaración del Doctor de que el golpe debía haber producido una momentánea perturbación cerebral, convencieron fácilmente al Marqués y su nieta.

—¿No podremos saber quién es usted? ¿No quiere hacer venir á su familia?

—No tengo familia, replicó duramente el herido: soy solo en el mundo, me llamo Durosnel y estoy estudiando derecho.....

—No hable usted más, ordenó el médico con dulzura. Vamos á llevarlo á usted al aposento que se le ha preparado, y si es usted dócil en tres días se pone bueno.

Pero Durosnel parecía no haber oído y seguía con ojos obstinados á la señorita que por una seña del Marqués se retiraba, y en esas miradas que Amelia sentía pesar sobre ella, había á la vez odio y admiración.

* * *

El accidente ocurrido al Marqués tuvo muchos testigos y entre ellos los pares de Francia que salían del Luxemburgo; la noticia voló pues por París y durante todo el resto del día afluyeron las visitas al palacio de Noyan. Hasta después de media noche fué cuando Amelia pudo retirarse á su aposento, pensar á solas en las emociones sufridas, y acordarse libremente del joven que en circunstancias tan dramáticas había venido á su casa.

Al verlo, cuando lo levantaron inanimado en la calle, se sintió á la vez penetrado de gratitud por su heroica abnegación y favorablemente impresionada por su juventud y por la elegancia natural que ostentaba. Aunque viviera muchos años, conservaría siempre en su memoria la visión de esa cara pálida y sin vida cuyos negros cabellos hacían resaltar la blancura mate del cutis. También recordaba la impresión que causó al herido oír el nombre de Noyan; y por más que luego hubiere tratado él de hacerla olvidar, Amelia no dudaba que aunque su salvador y su



abuelo no se hubieran visto nunca, había algún misterio que ella ignoraba y que había dejado en el corazón de Durosnel una huella dolorosa y profunda.

Pensó en interrogar al Marqués sobre este particular, pero prescindió de esta idea convencida de que no podía contar sino con sus propios esfuerzos para inquirir la verdad. Lo mejor era entenderse directamente con Durosnel.

Tomada su resolución, pensó en las dificultades que se le presentaban para llevarle á cabo. En cierta posición, las existencias se complican por una red de costumbres, de usos y de conveniencias que no se pueden romper, y á la joven le sería difícil una entrevista á solas con el herido. No había más que un medio de realizar su propósito y era ir en el acto al aposento de Durosnel, donde solo había quedado para velarlo un criado en cuyo cariño y adhesión tenía Amelia plena confianza.

Tomó, pues, en la mano una bujía y salió á cumplir su propósito.

A la misma hora, Durosnel que había dormido ya bastante, despertó y vinieron á su memoria los recuerdos del día.

Se veía de nuevo en la calle del Sena, sorprendido por el espectáculo de los caballos desbocados que

arrastraban una carroza blasonada, y recordaba haberse lanzado de un salto á detenerlos. Luego el golpe en el pecho y al fin, después del desmayo la aparición á su lado de un anciano y una bellísima joven.

—El Marqués de Noyan! dijo, y otra vez sintió una oleada de odio invadir su corazón sin que la memoria de la señorita dulcificara esa sensación.

—Noyan! el hombre fatal por quien murió mi padre! se decía ¿qué ironía del destino me llevó á salvarlo con su hija de la muerte?

Luego, recordando el acto de debilidad que cometió deslumbrado por la belleza de la señorita, se decía:

—Hice mal. Debi haber arrojado mi legítima indignación á la cara insolente de ese siniestro personaje.

Pero luego pensó en la joven cuya belleza había disipado su enojo y la veía en todo el esplendor de la juventud, con la emoción en los ojos deslumbradores velados por lágrimas de simpatía y piedad!

Agitado por estos pensamientos se incorporó en el lecho notando con admiración que lo hacía con facilidad, y no sentía sino un ligero dolor en el pecho.

El criado salió de su soñolencia y vino á preguntarle si necesitaba de sus cuidados, pero el enfermo contestó que se sentía muy bien y que quería quedarse solo el resto de la noche.

Después de varios esfuerzos para imponer sus buenos oficios, el criado se retiró, y Durosnel otra vez cayó en sus reflexiones que exaltaban su resentimiento ahora desencadenado. El marqués de Noyan había presidido el Consejo de guerra que hizo fusilar á su padre por haberse afiliado á Napoleón siendo soldado del real ejército.

Y este recuerdo, que llenaba de sombras la juventud de Durosnel, encendía en su alma un violento deseo de venganza, de esa venganza en que venía soñando desde hacía diez años, desde el día en que recibió de su padre los últimos adioses y solemnes recomendaciones.

—Noyan es quien me mata, le dijo el sentenciado: no lo olvides y véngame.

Y él juró obedecer; y al correr los años y hacerse hombre, su resolución se fortificó, primero en el aislamiento de su provincia y luego en París á donde había llegado algunos meses antes con el pretexto de terminar sus estudios, y en realidad para cumplir su juramento. Pero ¿y cómo cumplirlo? Se levantaba y se acostaba todos los días sin hallar el medio deseado, y ahora al hallarse frente á frente de él, se preguntaba por qué no mató á su enemigo.

De pronto su semblante se iluminó con una risa maligna. Pensó en la señorita de Noyan, en vengarse seduciéndola é imprimir así una mancha vergonzosa en el nombre de su enemigo.

Atacar al abuelo en la nieta.... ¿qué castigo! ¿qué medio más eficaz para desahogar su odio! Pero casi al mismo tiempo sintió remordimientos, vergüenza y un gran disgusto de sí mismo, aterrado de haber podido concebir esta acción abominable y lloró al considerar que la gracia virginal de la señorita, le dejaba sin fuerza para herir.

—¿Qué hacer, qué decir? murmuraba.

Vete, le decían su conciencia y su razón. No debes aceptar la hospitalidad del hombre á quien detestas y cuya desgracia ansias. Quedarte es exponerte á caer en la infamia. Vete!

Tanto poder tuvo sobre él esta reflexión, que se levantó para huir aunque todavía ni sabía cómo; y renunciando á la venganza que en estos momentos estaba tan cerca de sus manos, se vistió y abrió las hojas de una ventana que daba al jardín del palacio.

Saltar de la ventana que apenas distaba del suelo unos dos metros, atravesar el jardín protegido por la sombra de los árboles y franquear el muro, no sería gran dificultad y por consiguiente si quería partir, tenía el éxito asegurado. Tranquilizado por esta parte, cerró la ventana, encendió una bujía y habiendo encontrado en la mesa recado de escribir, puso esta carta al Marqués.

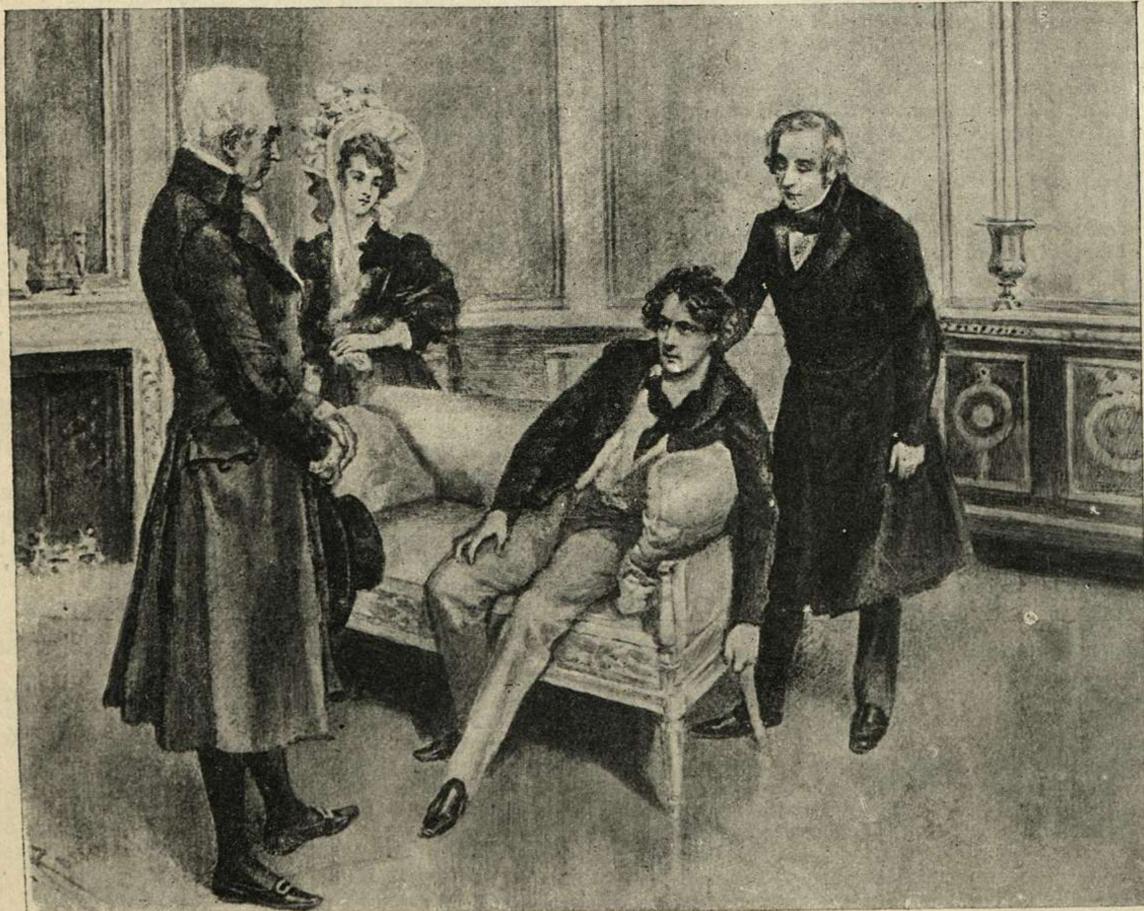
“Me preguntó usted mi nombre y le mentí. No soy Durosnel; me llamo Eduardo Fortin y soy hijo del General Fortin, fusilado por orden de usted en 1815. Cuando salvé de la muerte á usted y á su nieta, no los conocía; que de conocerlos, habría dejado obrar á la fatalidad. El cielo no lo quiso y pueda esto servir de principio para mi venganza. Pero no renuncio á su fin que tendrá lugar el día y bajo la forma más apropiada á torturar el corazón de usted tanto como usted ha torturado el mío.

“Por eso renuncio á la hospitalidad de usted, pues de aceptarla temería que se debilitara mi derecho de hacer á usted expiar su crimen, derecho legítimo y sagrado que tarde ó temprano ejerceré.

“Si no me vengo esta misma noche, es porque me ha conmovido y causado piedad la presencia de la señorita de Noyan y resulto más humano que usted, cuyo implacable rigor me dejó huérfano. Agradezca usted pues á su nieta el haberlo protegido esta vez, pero no espere que siempre será lo mismo.”

Escrita y firmada esta carta Eduardo Fortin, sin cuidar de cerrarla, la puso en la mesa de un modolsible, luego apagó la vela y aproximándose á la ventana la abrió. Había llegado la hora de partir y ya se apresuraba á saltar cuando oyó un ruido á sus espaldas y se volvió vivamente.

Petrificado quedó al distinguir en el marco de la puerta á la señorita Noyan con su bujía en la mano que estupefacta y pálida lo sorprendió vestido y en el momento de huir.



**

Solos, á media noche, en este aposento silencioso, cuando acababan de conocerse, se encontraron confundidos, sin voz ni aliento y contemplándose con ansiedad.

Amelia fué la primera en recobrar su sangre fría; avanzó hacia la mesa, depositó en ella el candelero con la bujía y dijo á Eduardo Fortin con dulzura:

—Sirvase usted cerrar la ventana, señor.

Aunque lo había sorprendido mucho la inopinada presentación de la joven, más todavía lo sorprendió la serenidad con que le dió esta orden, conservando tanto imperio sobre sí misma en tanto que él estaba todo turbado... ¿Qué quería? ¿Qué motivos poderosos la habían decidido á venir?

Una vez cerrada la ventana, el joven le dijo, no sin cierta altivez:

—¿Tiene usted que hablar conmigo, señorita?

—Suponia yo á usted dormido, creía encontrar á un criado velándolo á usted y vine para preguntar á éste si estaba usted más tranquilo. La agitación de usted y las palabras que dijo al volver en sí, me tenían alarmada.

—Fueron motivadas, señorita, por una crisis pasajera y ya estoy enteramente bien como usted lo ve.

—Sí, y esto me ha causado tanta admiración como alegría, aunque quedé sorprendida de hallar á usted pronto á partir. Porque usted estaba en momentos de irse ¿no es verdad?

—Es verdad.

Sin desconcertarse por la franqueza de semejante contestación, Amelia prosiguió:

—¿Y por qué esta premura para escapar, sin tomar en cuenta el desprecio á nuestra gratitud que implicaba su fuga? Un huésped de la casa del Marqués de Noyan ¿debe salir de noche esquivándose como un foragido?

Estas palabras parecieron herir en lo vivo á Eduardo Fortin.

—Como no soy gentilhomme, dijo, no he tenido escrúpulos y he pensado en mí solamente. No me conviene ser objeto por más tiempo de los favores del señor de Noyan, me voy, y eso es todo. No daré cuenta de mi conducta á nadie ni menos al señor su padre de usted, y de todos modos no creo ser yo el obligado.

—¿Qué duramente me habla usted, señor!

Esta queja abrió á la piedad el corazón de Eduardo.

—Perdón, señorita, dijo. ¿Pero por qué esta visita tan contraria al orgullo de usted y por qué estas preguntas tan contrarias al mío?

—Voy á decirlo: cuando mi padre apareció frente á usted, yo conocí el odio en las miradas de usted y en sus palabras, como si nuestro nombre lo hubiera provocado. No puedo engañarme, lo presiento, hay un misterio aquí y vengo á averiguarlo. ¿Por qué nos odia usted?

—Yo no odio á usted, señorita, la respeto, la admiro, la estimo y me siento feliz por haberle hecho un pequeño servicio:

—Ya sé que yo no le he ofendido á usted nunca... ¿Pero mi abuelo?

—Y como el joven callara, ella agregó:

—Veo que mis sospechas eran fundadas.

Bañada en lágrimas se dejó caer en un diván junto á la mesa. De pronto vió la carta y se apoderó de ella.



—No lea usted, no lea usted, señorita.

Pero ella no atendió y en un instante descubrió todo el secreto.

—Esto es muy triste, señor, dijo ella, pero bien comprenderá usted que el Marqués no hizo más que su deber.

—No hable usted así. La falta de mi padre fué de las que son ocasionadas á la clemencia, y el Marqués no se dejó conmover; y cuando los amigos del sentenciado obtuvieron una conmutación de pena, ya era tarde: el verdugo se había anticipado. ¿Puedo yo aceptar la hospitalidad de ese verdugo, después de haber jurado que le he de matar?

—Perdone usted, es lo más noble.

—¡Jamás, jamás!

—Entonces, vénguese usted en mí. Aquí estoy.

—Vengarme en usted... ya lo había pensado, pero sería infame hacerle expiar una falta que no ha cometido. No: lo que deba ser, será.

—Pues bien; siempre estaré frente á mi abuelo y para herirle necesitaré usted herirme, pasar sobre mi dolor, acaso sobre mi cadáver. ¿No lo ha comprendido usted?

Y llorando y besándole las manos.

—Piedad, piedad, decía, no se apropie usted el derecho de castigar no usurpe facultades de la justicia divina. Piedad, piedad!

Y luego, añadió observando que el joven estaba muy conmovido:

—Ah! si cede usted, si me da esta alegría, esta inmensa alegría, todos los sacrificios me parecerían pequeños para demostrarle mi gratitud.

La resistencia de Eduardo se quebrantaba ante las lágrimas de la adorable criatura que se arrastraba á sus pies.

—Si usted perdona, toda mi vida la consagraré á adorar á usted.

—¿Se casaría usted conmigo, pobre, oscuro, infeliz, usted la altiva descendiente de los Noyan?

—Sí!

—¿Pero su abuelo de usted consentiría?

—Seré dentro de un año mayor de edad.

—Y ¿eso es lo que llama usted un sacrificio?

—No; una felicidad, porque yo sería feliz casándome con un hombre de alma suficientemente generosa para obrar como quiero que obre usted.

Y al hablar así, fijaba en Eduardo sus grandes ojos llenos de promesas y le sonreía con la sonrisa irresistible de la tentación. Eduardo fué vencido.....

Sin decir nada, hizo pedazos la carta, beso á Amelia respetuosamente la mano y con voz opacada por las lágrimas, le dijo:

—Gracias, señorita, gracias y adiós!

—¿Se va usted?

—Sí: si sigo viendo á usted, cometería la debilidad de aceptar el precio de mi perdón, á costa de la dicha de usted, y aunque se me parta el corazón, me voy y nunca, nunca volverá usted á oír hablar de mí.

Tenía un deber, un gran deber que cumplir, y á esa misión estaban consagradas todas las aspiraciones de mi espíritu y todos los vigores de mi vida. En la vigilia concebía y perfeccionaba mis proyectos de venganza y en el sueño gozaba inefables delicias creyéndolos realizados..... Ahora ¡corazón débil y cobardel al llegar á la meta me detengo, y lo he perdido todo, hasta la esperanza y ya mi existencia no tiene objeto.

Tiene uno, dijo Amelia envolviéndolo en una mirada enloquecedora.

—¿Cuál?

—¡Amar!

—¿Amar? ¡Ah! no: qué horror! yo sólo puedo amar á usted, y usted para mí es imposible.....!

Y se precipitó por la ventana sin que Amelia hubiera tenido tiempo de detenerlo. A la luz de las estrellas ella le vió atravesar el jardín y saltar el muro.

Entonces un gran dolor, enorme y profundo, como si se le hubiera ido toda la felicidad de la vida, penetró en su alma. Luego, cuando el rumor hubo cesado, y el augusto silencio de la noche reinó en la tierra y en el cielo, algo como la caricia de una esperanza le refrescó las sienes, y sonriendo con la sonrisa de los ángeles, exclamó en un arrebató profético de amor:

—Volverá... vaya si volverá!

ERNESTO DAUDET.



ADORACION

Como en un relicario precioso
incrustado en el fondo del alma,
de tu imagen divina conservo
las helénicas formas grabadas.

Eres tú en mis noches insomnes
la que grato consuelo derrama,
aliviando mi penas agudas
y calmando mis intimas ansias.

Eres astro que alumbró mi cielo,
eres rayo fulgente del alba,
eres toque de gloria, que anuncia
días mejores de dicha soñada.

Blanca antorcha de luz inefable,
grato faro de dulce esperanza,
ramillete de olímpicas flores
que embriagantes perfumes exhalan.

Voz de música dulce y sentida
cuyas notas deleitan el alma,
y despiertan dormidas quimeras
y pasiones fogosas exaltan.

En mi cielo de sueños dorados,
eres ángel de nitidas alas,
que por senda florida me lleva
del supremo deleite á la estancia.

Eres ave de mágicos trinos
que consuelan mis horas amargas,
amuleto que avaro atesoro
como perla en estuche de nácar.

Eres tú la reliquia más bella
que mi pecho fanático guarda,
donde no la profana en del mundo
las impías falaces miradas.

*

Para amar esas gracias excelsas
y adorar esa imagen sagrada,
tiene luces de aurora mi mente
y vibrantes acordes mi harpa.

Tienen grato perfume mis flores,
y mi boca sentidas palabras,
y mis labios sus besos de fuego,
y ternísimos ayes mi alma.

Tiene ritmo la sangre hervorosa
que candente mis venas abrasa,
y suspiros dolientes mi pecho
y mis ojos raudales de lágrimas.

*

Allí mudo y feliz te contemplo
de rodillas, mi fe se agiganta
reverente y humilde te invoca
y te eleva fervientes plegarias.

Porque tú eres el Dios que venero,
la deidad que mis labios aclaman,
y á quien culto exaltado y ardiente
mi alma áttiva, sumisa consagra.

*

¡Yo te adoro! No hay ser en la tierra,
ni en las ondas brillantes del agua,
ni en el límpido azul de los cielos,
ni en la gloria al creyente tan grata;
que merezca ese culto ardoroso
que tu ideal hermosura demanda,
que anhelante germina en mi pecho,
y rendido mi amor te levanta!

Porque tú eres mi sola delicia,
mi ilusión, mi placer, mi esperanza,
mi delirio, mi fe, mi ventura
y mi única gloria soñada.

RAFAEL NÁJERA.

BAJO LA BANDERA

I

Ya que la vida es un inmenso foco
de energías sin fin, bravas y fieras;
ya que en tus ambiciones perseveras
y para tu designio el mundo es poco,

Lucha, si así lo quieres, y en el loco
furor de tu avidez, y en tus arteras
acciones, hiere si con ello esperas
lograr un bien que para mí no invoco.

No descanses! Arrasa, hiere, oprime:
para apagar las voces del que gime
basta la embriaguez de tu existencia;

que sólo al dar tu cuerpo la caída
final, para epitafio de tu vida
escupirá en tu losa la conciencia!

II

Y tú, de quien adquiere el pensamiento
la forma más augusta y verdadera;
tú, el militante fiel de la bandera
más atrevida y noble; el sentimiento,

Abre armonioso tu plumaje al viento,
proclama la razón, la placentera
verdad, y no permitas que te hiera
embozado y traidor el desaliento.

Caerás al embate de los viles:
porque la sombra funde proyectiles
para todas las alas que se elevan...

Miasmas de muerte engendran los pantanos
para el ser, y cadenas los humanos
para aherrojar á la conciencia llevan.

A. GONZÁLEZ CARRASCO.



LA REINA DE LOS SALONES.

MI VERSO.

Querría que mi verso, de guijarro
en gema se trocase y en joyero;
que fuera entre mis manos como el barro
en la mano genial del alfarero;

Que lo mismo que el barro, que á los fines
del artifice pliega sus arcillas,
fuese cáliz de amor en los festines
y lámpara de aceite en las capillas;

Que dócil á mi afán tomase todas
las formas que mi núnen ha soñado,
siendo *alianza* en el rito de las bodas,
pastoral en el index del prelado,

Lima noble que un grillo desmorona
ó eslabón que remata una cadena,
crucifijo de paz que nos perdona
ó gran timbre de rey que nos condena;

Que fingiese á mi autojo con sus claras
facetas en que tremen los destellos,
florones para todas las tiaras
y broches para todos los cabellos;

Emblemas para todos los amores,
espejos para todos los encantos
y coronas de astrales resplandores
para todos los genios y los santos....

Yo trabajo; mi fe no se mitiga
y he de *acunar* estrofas con mi sello!
Y un verso he de labrar del que se diga:
"Tu verso es como el oro sin la liga:
Bril'ante, dúctil, poliforme y bello!"

AMADO NERVO.

SIN ESPERANZA.

Al antro en que me escondo con mis penas
Llega un rayo de luz alegre y pura:
Sé que otro amor enciende tu ternura
Y que con él gozosa te enagenas.

Si eso es verdad; si gratas y serenas
Para ti llegan horas de ventura.
¡Bendito quién adora tu hermosura,
Y la pasión con que tu pecho llenas!

Se feliz, se feliz mientras me hundo
En la noche sin astros muda y fría
Del aislamiento y el dolor profundo.

Ya sólo tengo un goce: tu alegría,
Y te alegra otro amor... ¿Hay en el mundo
Desventura más grande que la mía?

JAVIER SANTA MARÍA.

?

I

Densa nube de incienso que borra
Del altar las imágenes santas,
En volutas fugaces asciende,
Se esparce en los aires y se hunde en la nada
¿Dónde vas, blanca nube de incienso?
¿Qué regiones del cielo traspasas
Conduciendo en tu ser vaporoso
Temblor de suspiros, fervor de plegarias?

II

Casto velo de novia que rueda
En raudales copiosos de gasa,
Sobre curvas de carne mármorea—
¡Capaz del martirio, capaz de la falta!—
Blanca gruta de tules, ¿qué enigma
De ventura ó desdichas encarna
Esa estatua de mármol viviente
Que tiembla, que gime, que sueña, que abrasa?

III

Tierno beso de niña engendrado
Sobre dedos de puntas rosadas,
Que te lanzas al aire—¡paloma
Que busca en la selva su nido de ramas!—
¿Dónde vas, dónde vas peregrino
De no sé qué amorosa cruzada?
¿Qué pretendes, pasión sin objeto,
Flechazo sin rumbo, caricia con alas?

IV

Sacudida nerviosa que nuncia
Con profético acierto que espanta.—
Del dolor pitorisa invisible—
Peligro que viene, traición que amenaza,
Comoción instantánea que avisa
Del espacio á través, la desgracia.
¿Qué potencia inicial te produce,
Qué mano sin brazo, qué voz sin palabra?

V

Torva idea que surge de pronto
Del cerebro en las frágiles mallas,
Y lo colma, y lo absorbe, y lo atrofia
Cual huésped perverso que incendia la casa,
Centinela perenne, ¿qué quieres?
La razón de tu ser, ¿de quién sacas?
¡Si tú misma cegaste la fuente
Que torvas ideas ó límpidas, mana!

VI

Inocente recuerdo de niño
Que tenaz en la mente se clava,
Resistiendo las iras del tiempo
Cuando otras memorias tan trágicas pasan?
Remembranza pueril ¿cómo vives
Entre aquellos que alegran ó espantan?
Pincelazo del luz del pasado
¿Qué mano divina te impuso en las almas?

VII

Atavismo de raza que llegas
En las horas de honor en la raza,
A poner la vergüenza en las frentes.....
¡Hedor del establo que invade la sala!
¿Por qué surges, crueldad del pasado,
Cuando todo es estética y gracia?
¡Viejo rostro de mono riendo
Detrás de la noble cabeza de Palas!

VIII

Vocación repentina que tuerce
De una vida completa la marcha;
Que retoca las almas, á guisa
De autor indeciso que borra sus dramas.
¡Florescencia invernal de la mente!
¡Ansiedades seniles de fama!
¡Quién os puso en mi pecho, lo mismo
Que en páramo yerto semilla de plantas!

IX

Intuición del progreso que yace
Cual simiente de fuego en las almas!
Atracción imperiosa, querube
Que muestra en la sombra laureles de plata!
Acicate de acero que azuza
La carrera de luz de la fauna,
Y coloca los seres de modo
Que el sol de la vida les tiña las caras,

X

Comezón de vivir, de ser siempre,
De escalar de una vez la montaña!
¿Quién os puso en la sangre? ¿qué objeto
Tendrán los deseos, tendrá la esperanza?
Cuando vivan la vida sin muerte
Perfectas, y eternas, y libres las razas,
¿Volverán, otra vez, á la sombra
Como antes malditas, como antes esclavas?

ALMAFUERTE.

¡POR UN MARIDO!

NOVELA ORIGINAL DE MARC DE CHANDPLAIX—ILUSTRACIONES GRABADAS EN NUESTROS TALLERES.

Versión española de "El Mundo Ilustrado"

Número 10

—A esto: bien seriamente ó bien en broma (más me inclino á esto último) usted aparentaba creer que me consideraba enamorado de la Señorita Nelly á mí también. No me interrumpe usted todavía, se lo ruego, ni se ría, ni se burle otra vez. . . . Pues bien, es verdad, usted adivinó: amo á esa señorita.

Juan quiso lanzar una exclamación burlesca, pero fué bastante dueño de sí mismo para contenerse, para no sonreír ni estremecerse, y con una mirada tranquila estimuló al Doctor para que prosiguiera.

El Doctor lo hizo así:

—Ya ve usted que uso y aún abuso tal vez de la invitación á ser franco que me hizo usted, sin temor al

sus intenciones no han cambiado, y le suplico me dé sus informes sobre este particular.

El Comandante, á cada momento más admirado, tuvo esta vez un gesto de cólera, y estuvo á punto de responder con vivacidad, mientras que el buen Doctor permanecía impassible en su silla. Hizo, sin embargo, un esfuerzo para dominarse, y procurando sonreír, se conformó con decir secamente:

usted herida alguna, sino que, por el contrario, más bien, más bien. . . . En fin, si quiere usted que le diga, me parece. . . . mejor dicho, estoy cierto de que el amor de usted no es muy profundo y que hasta ha llegado el caso de que ahora lamenta usted. . . . y esto es lo que me ha dado valor, lo que me ha animado y resuelto á. . . .

—¿Y de dónde deduce usted eso? interrumpió el Comandante con interés.

—De mil detalles, contestó Lerbon con voz más serena. Los celos lo hacen á uno clarividente. Pero ante todo, hágame usted la justicia de confesar que he sabido admirablemente



ridículo: y para obrar así, ya comprenderá usted sin esfuerzo, que se necesita que me mueva un motivo bastante serio.

—En efecto; y no me explico cómo, después de mi confianza y la de Nelly. . .

—Sí, mi conducta debe parecer á usted incorrec-

ta, pero mis intenciones son excelentes y ha sido necesaria toda la simpatía que tengo por usted y toda la que usted siempre me ha demostrado, para resolverme á una explicación que podía haber reservado para más tarde, puesto que según creo, estamos próximos á partir. ¿No es así?

—Mañana en la noche ó pasado mañana al amanecer: ya no me retiene aquí ningún asunto del servicio.

—Pues bien, antes de dejar Mohelia quiero saber si el amor de usted es siempre el mismo, si

—¡Ah! Doctor. Pero es un verdadero interrogatorio al que me está usted sujetando, y en efecto, pienso que traspasa usted los límites de la discreción.

—Excúseme usted: no se explicarme bien y comprendo que tiene usted razón al sorprenderse, pero atiéndame usted: si por lo común hablo poco, en compensación observo mucho, y me imaginaba que en el estado de ánimo en que usted se halla, mis confesiones y las proposiciones que van á ser su consecuencia, no causarán á

guardar mi secreto hasta estos momentos, y que no he dejado vislumbrar nada de mis impresiones cada vez que he visto á usted cerca de la señorita Nelly; que me he apresurado á dejar á ambos solos para que gozaran completa libertad, y que he evitado todas las ocasiones de verme con esta joven lejos de la presencia de usted, sin embargo de que estas ocasiones han sido muy frecuentes en Mohelia donde yo nada tenía que hacer. Y esto en circunstancias en que era muy notable y digno de llamar la atención, que si usted hubiera querido, á pesar de sus ocupaciones políticas y de sus entrevistas con el Sultán y los jefes de la rebelión, se habría usted dejado algunos momentos para ir á visitar á su novia. Es, pues, indiscutible, que usted no ha hecho otra cosa sino tratar de huir

de la Señorita Nelly, ó por lo menos encontrarse con ella el menor número de veces posible; ahora mismo, durante el almuerzo, estaban ambos haciéndose violencia para fingir naturalidad, y esto no parece natural después de las recíprocas confidencias que ya me habían hecho. Sí: algún cambio ha ocurrido en las relaciones de ustedes después del día en que hice el descubrimiento del secreto de la Epeira. No se ría usted: ese día constituye época en mi vida, porque fué cuando usted y la Señorita Nelly se declararon delante de mí su mútuo amor, y por el dolor profundo que sentí, hube de comprender en el mismo instante que yo también estaba enamorado, que había incurrido en la locura de amar á esa joven. . . . y con más fuerza que usted, puesto que á pesar de todo, á pesar de sus confidencias, á pesar de su edad, á pesar de la mía, á pesar de todos los obstáculos reales y aparentes que nos separan, he continuado abrigando mi ensueño sin desespear completamente de que algún día se realice.

—¿Tiene usted entonces algún motivo de esperanza? Acaso la Señorita Nelly?

—Tranquílese usted, dijo el Doctor pesando todas sus palabras: la esperanza me viene solamente de mis inducciones que bien pueran ser falsas. Nelly ama á usted, estoy cierto de ello, pero lo que busca ante todo, según creo, es un marido. Preferiría que este marido fuese usted, no hay duda; pero á falta de usted y por despecho, estoy persuadido de que se conformaría conmigo como con cualquiera otro, no importa quién. He creído observar así mismo, que usted á su vez ha valorizado en ese punto los sentimientos de la joven en igual sentido que yo, y supongo que tal descubrimiento habrá aflojado y dejado á punto de desatarse los lazos de su amor. He aquí mis inducciones: es decir, mis primeras inducciones, pues me queda todavía lo más difícil por decir. . . .

El Doctor hizo una pausa; se enjugó la frente que estaba cubierta de sudor, y fijó una mirada interrogadora en el semblante de Juan donde leyó seguramente la indulgencia que desde un principio había reclamado, pues continuó muy decidido á obtener una respuesta.

—Por otra parte, las reticencias de usted, su deseo de que el padre no tuviera conocimiento de lo que estaba pasando, su afán de ganar tiempo alargando plazos, y en fin, la poca prisa que se ha dado usted para los negocios en nuestra permanencia en Mohelia, me han hecho creer (¡se cree tan fácilmente lo que se desea!) que usted lamenta y deplora ya los compromisos contraídos. . . . tan á la ligera. . . . y que cuenta usted con el alejamiento y con la ausencia, para irse borrando y libertarse insensiblemente. Dios mío! no me habré equivocado en mis conjeturas? Ruego á usted, Comandante, que tenga en mí la confianza misma de que yo acabo de darle tan palpables pruebas, convencido de que, como ya se lo he dicho, el ridículo no me espanta, y de que no se llega con valor á este fin, sino cuando está uno armado de un sentimiento verdadero. Todas mis reflexiones están hechas: estoy firmemente resuelto y según la contestación de usted, obraré.

Juan vaciló. ¿Qué iba á decir cuando ni él mismo estaba seguro de sus propios sentimientos? Por otra parte, los vínculos que le ligaban á Nelly ¿podían romperse ahora, podía siquiera hablarle de ellos con franqueza al Doctor? Podía, en fin, dar una contestación, cualquiera que fuese, sin traicionarse ó sin mentir?

Es verdad que tenía positiva necesidad de confiarse á alguien, pero un secreto semejante al suyo sólo se deposita en la conciencia de un padre ó de un hermano.

Puesto sin embargo en el disparadero de responder, escapó todavía haciendo á su vez una pregunta al Doctor que esperaba con creciente ansiedad.

—¿Y de qué modo piensa usted obrar, qué va á hacer? le dijo.

—Eso depende de la decisión de usted. Si es cierto lo que me he imaginado respecto á que no desea usted dar cima á sus anteriores proyectos, desembarcaré aquí en Mohelia y dejaré á usted partir solo. Durante la ausencia de usted, con muchas precauciones y miramientos iré preparando á la señorita Nelly para que al llegar un momento oportuno le revele la verdad, toda la verdad en lo que á usted se refiere, siempre que usted me deje su autorización para ello. Después,

un poco más tarde, le ofreceré sencillamente mi mano.

Sí: esta sería en verdad una solución satisfactoria para los tres. . . . y siempre admirando el valor del Doctor, y con alguna pena de su parte Juan, en semejantes condiciones, aceptaría sin duda las proposiciones que se le acababan de hacer y se resolvería decididamente á la fuga, si la fuga fuera posible todavía. . . .

Y era ya demasiado tarde.

Pero apesar de esta imposibilidad Juan pensaba obstinadamente desde hace tiempo en huir como recurso supremo y lo pensaba más que nunca desde que el Doctor Lerbon le dijo en alta voz con implacable convicción de sabio, las mismas palabras desilucionadas y frías que su razón había ya murmurado muy por lo bajo. Mucho tiempo antes que el Doctor, casi desde el momento en que conoció á Nelly, Juan había comprendido que lo que la joven ansiaba era conquistar-se un marido, pero luego el placer, el amor propio, la necesidad que sienten los felices de creer, le hicieron cegarse y hasta trató de quedar convencido como un soñador de veinte años ó como un anciano candoroso, de que se le amaba no más que por sí mismo. Mordió pues los sucesivos anzuelos que Nelly le fué presentando y Nelly en consecuencia lo manejó á su antojo, enloqueciéndolo, embriagándolo y temiendo que estos arranques de vertiginoso entusiasmo no bastasen para evitar que se le escapara la presa, se decidió al recurso supremo y se le entregó como se entrega por estratagema una ciudad sitiada, simulando el desaliento, el abandono y la derrota, pero dejándose una puerta por donde volver y cojer en seguida prisioneros á los imprudentes que penetraron creyéndose victoriosos.

Peró todo esto que pensaba, no podía Juan decirlo á menos que se resolviera á hacer una confidencia completa. Sin embargo, era preciso responder y ¿qué respondería? ¿que amaba á Nelly profundamente y que se conceptuaría feliz cumpliéndole sus promesas?

¿Y si no las cumplía después? El momento de veras que era decisivo, pues lo más insignificante, lo imprevisto podía inclinar en uno ó en otro sentido la balanza en que oscilaban sus resoluciones y si tomaba el partido de no cumplir el Doctor ocurriría entonces á Nelly que se sentiría feliz al encontrar un marido después de tal abandono.

Y si Lerbon se casaba sin que ella le confesara su falta ¿no quedaría Juan convertido en cómplice innoble de esta superchería? ¿Debía aceptar este papel?

Peró su resolución había tardado mucho en elegir un camino y como no estaba acostumbrado á disfrazar lo que sentía, sin duda su cara reveló una parte de la verdad, pues el Doctor levantándose de su asiento, le tomó una mano al Comandante y en un raptó de alegría exclamó con vivacidad:

—Veo que había adivinado, querido amigo: su amor de usted á la señorita Nelly si existe todavía no es muy profundo que digamos. De otro modo, en lugar de tantos distingos internos, dudas y vacilaciones, hace ya mucho rato que habría usted dicho: «Está usted loco, Doctor, al proponerme tantas cuestiones. ¡Vaya usted al diablo

con su pasión senil! amo á Nelly, ella me ama y nuestro más vivo deseo es casarnos, mientras más pronto mejor.» He aquí cómo habría usted hablado, que así es como habla el corazón. Pero puesto que se calló usted no ama y lo que le impide confesármelo es la palabra que tiene comprometida: no obstante, en eso se equivoca usted, porque los juramentos de amor como los tratados entre las naciones se hacen para quebrantarlos cuando sea necesario haciendo el *ultimatum* correspondiente lo que resulta más honrado que romperlos si dar aviso alguno.

—Doctor, dijo Juan, usted se deja llevar por su imaginación que. . . . usted también se engaña y si es verdad que he vacilado. . . .

—Cuando se tiene el estado de ánimo de que está usted dando señales, cuando no se ama, vale más abstenerse de una vez puesto que al fin vendrá el momento de acabar de todos modos por allí.

Juan, temiendo que Nelly hubiera escuchado la conversación se levantó, se dirigió al salón, levantó la cortina que cubría la puerta y viendo que ésta continuaba cerrada, volvió á tomar asiento, invitó á Lerbon á que lo imitara, y le dijo á media voz.

—Vacilo. . . . vea usted. . . . vacilo, porque Nelly me ha confesado que es hija natural y que su madre era la última de las criaturas.

El Doctor sonrió.

—Ese es el gran secreto que estuvo á punto de escapársele un día delante mí, cuando usted no la dejó seguir hablando: usted lo conocía entonces ya y eso no evitó que le reiterara sus juramentos de amor. Hay más: si usted estuviera resuelto en definitiva á casarse con la señorita Nelly, hubiera puesto todos los medios para que ni yo ni nadie conociera la existencia de esa mancha de familia; lejos de revelarla impediría que se supiera. No, no: la verdad es que no ama usted á Nelly ó que está usted dejando de amarla, lo cual viene á ser lo mismo y en ese caso tiene usted razón para no casarse con ella. Luego siendo así, obrará usted como es natural que obre, poniendo la ausencia de por medio y yo quedaré y me casaré.

Juan debió apresurarse á gritar: «No he dicho á usted que renuncié á casarme.»

Peró respondió:

—Veo Doctor, que usted tiene los valores y que no se espanta como yo me he espantado después de maduras reflexiones por las costumbres libres, independientes de esta criatura, por su juventud experimentada. Dígame, Doctor, ¿usted cree en la ley de la herencia?

—Descuide usted, yo viviré vigilante; y en mis posesiones de las Islas Seychellas, donde además las tentaciones serán escasas, la rodearé de tanto bienestar y de tantas afecciones, que espero no se arrepentirá de haberme admitido por esposo. Queda resuelto, no tema usted nada. . . . me quedo y le explicaré todo.

Al oír el tono tranquilo y firme de Lerbon, Juan se apercibió de que sin haberle dicho, francamente que renunciaba á sus proyectos de matrimonio, todas sus palabras, sus actitudes, sus silencios, sus revelaciones lo habían declarado de un modo indiscutible; y ahora, como nubes lige-





ras, razonamientos sutiles se entremezclaban en su cerebro y le perturbaban la conciencia.

Pensaba: Si; lo mejor sería que Nelly encontrara un marido que no fuera yo. En los primeros momentos me causaría dolor saber que pertenecía á otro y que eran de otro su belleza, su juventud, sus caricias. Pero la separación es posible aún sin que ese dolor sea demasiado vivo ni demasiado durable, en tanto que los celos y las sospechas me torturarían toda la vida si tuviera yo la debilidad, la lealtad... ó el candor de tomarla por esposa.

El marido ya pareció: helo aquí, ante mis ojos ridículo y digno de lástima por su pasión. No tengo necesidad más que de callarme y él obrará. ¿Puedo hacer otra cosa que no sea callar?

Sin embargo, en un esfuerzo último, la conciencia más bien que el amor le arrancó estas palabras:

—No, Doctor, no permanezca usted en Mohelia; partamos juntos pasado mañana y un poco más tarde con espíritu más frío y más libre de parte de uno y otro conversaremos discretamente sobre el particular. Me ha sorprendido usted en un momento de turbación, cuando estaba yo agitado y vacilante y aún no he dicho todo porque no todo se puede decir.

—¿Por qué?

—.....Por razones personales, razones de familia.....

Es necesario que tome informes, que escriba á mi hermana y... la verdad, no sé todavía lo que haré, no lo sé con exactitud.....necesito de la ausencia como ya se lo dije á usted una vez, para penetrar mejor en mí mismo y poder fijar mis resoluciones. No se quede usted... partamos.

El Doctor contestó:

—Esa vez dijo usted en efecto que la ausencia era necesaria, pero no para usted sino para la señorita Nelly... Está bien: yo haré lo que ella, esperaré también, pero después de las confidencias que acabo de hacer, no quiero, no puedo permanecer á bordo por más tiempo aquí, cerca de usted. Mañana, tal vez esta misma tarde, desembarcaré y me instalaré en Mohelia. Su misión de usted como Comandante del *Colibri* concluye dentro de tres meses y usted ha prometido volver al terminar ese plazo. Hasta entonces nada diré á Nelly, se lo juro á usted, pero respecto á usted ya tengo perfectamente fijada mi convicción: no le veremos volver.

Contrariado contando conque el tiempo y la reflexión normarian su conducta, Juan respondió secamente, como un hombre que no quiere revelar el fondo de sus pensamientos:

—Es posible! Pero Nelly á quien me propongo escribir en todo caso, dará á usted noticias fidedignas sobre si voy ó no á regresar.

Luego, haciendo un llamamiento á toda susangre fría y deseoso de terminar una conferencia penosa que no podía en esos momentos llegar á un desenlace final, y hasta temiendo que Nelly viniera y se enterara de algo, se levantó, tendió la mano á Lerbon y añadió.

—También á usted le escribiré, Doctor, puesto que decididamente quiere dejarme y que nada, nada conseguiría retenerlo aquí y esperar antes

de separarnos. Quedo enteramente apenado por esta separación sobre todo por las circunstancias en que ocurre, pero le veo á usted muy resuelto y nada puedo agregar bastante para hacerlo cambiar de opinión. No, nada, nada, afirmó después de una nueva honrada vacilación..... Solo que acuérdesse usted de su promesa: ni una palabra á Nelly hasta que....

—Hasta que usted me haya escrito? preguntó Lerbon en tono de duda.

—Sí.

—¿Pues qué van á separarse ustedes? dijo de pronto en la puerta del salón una voz joven y fresca, bien conocida que parecía ahogada por la emoción.

Los dos amigos que no habian oído abrir la puerta se volvieron rápidamente y vieron á Nelly muy pálida que avanzaba hácia ellos penosamente y cojeando.

En vez de contestarle, ambos se precipitaron á recibirla preguntándole con ansiedad:

—¿Pero qué tiene usted?

Nelly se apoyó en ellos, estrechó cordialmente la mano al Doctor, y levantándose la falda del vestido, enseñó sonriendo uno de sus piecitos rodeado de una toalla salpicada á trechos con sangre.

Los dos se tranquilizaron en el acto al verla sonreír; pero observando que no podía andar y que estaba muy pálida Juan la tomó en brazos y la llevó al canapé del salón.

Nelly se acomodó en los cojines y entre risa y llanto dijo:

—Soy una chicuela: no tengo más que una debilidad pero que me domina sin remedio; no hago más que ver sangre y me desvanesco. Es una desgracia ser tan cobarde.....

Juan se sentó á su lado, y pasando un brazo alrededor de su talle parasortenerla, le preguntó:

—Pero qué tiene usted? Cómo se hizo esa herida? dígalos usted por favor.

—Oh! no es nada, respondió ella en tanto que los colores empezaban á reaparecer en su rostro: al salir del baño puse torpemente el pie sobre lastijeras que estaban abiertas, y me lastimé perdiendo tanta sangre que me sentí mala. Por poco me desmayo. pero ahora ya pasó todo por fortuna.

Sin decir una palabra el Doctor se arrodilló apresurado, tomó en las manos el pié de Nelly y comenzó á desprender con mano ligera los alfileres que sujetaban la toalla, pero arrepintiéndose de improviso se levantó y dijo al Comandante:

—Suplique usted á la señorita que se tienda en el canapé para que repose su piecitos, y siga usted la obra que había yo empezado, mientras voy á traer vendas y mi estuche: si la toalla se ha pegado ya con la sangre, no la arranca usted: espéreme.

Desde que se fué Lerbon, Juan concuado de padre instaló á Nelly en el diván, le puso un apoyo de cojines á la espalda, y tomando á su vez el pié de la joven comenzó con mano trémula á quitar la toalla en tanto que decía en voz baja:

—Oh! Nelly, ¡Que susto me ha dado usted? ¿porqué no llamó usted desde luego?

—Sí hubiera tenido certeza de que estaba usted solo le habría llamado ¡ya lo creo! así estaba yo de espantada. pero oía que conversaban usted y el Doctor, y no atreví. ¿deveras se asustó usted al verme?

Juan dijo:

—Estaba usted tan pálida!

Luego un pensamiento le cruzó por la imaginación y añadió:

—¿Cuándo le ocurrió á usted el accidente, dice que me estaba oyendo conversar con el Doctor?

—Sí, contestó ella. Casi no he dormido: poco después que se separó usted de mí fuí al cuarto de baño y al salir de la tina fué cuando mi pié se encontró con las malditas tijeras colocadas justamente con las puntas para arriba, contra el escalpel por una maldita casualidad. Ay! ay! gritó, de pronto esforzándose por sonreír: me está usted lastimando, Comandante; dijo el Doctor que no se debe arrancar la toalla.

Juan acababa de descubrir la herida y algunas gotas de sangre le mancharon los dedos, por lo cual se apresuró á contener la hemorragia aplicando la toalla contra la piel; luego, fijando una mirada amorosa en Nelly, le preguntó:

—¿Hice á usted mucho mal, amada mía?

Nelly que tenía lágrimas en los ojos y sonrisas en los labios, respondió volviendo la cabeza:

—Decidamente soy muy cobarde. y me creía más valiente. No, no fué gran cosa el daño que me hizo usted. Es que estoy tan nerviosa. y además.

En estos momentos Juan posó los labios sobre el piecitos que tenía en las manos, y ella añadió con un tono de amargura que contrastaba con sus palabras:

—Y además, he ahí el bálsamo.

Juan habría querido besar también los dos brazos blancos que se encorvaban con elegancia para sostener en el cojín una cabecita muy rubia, y dos ojos verdes que le parecían más encantadores que nunca con la expresión de tristeza y de pudor que atenuaba su brillo, pero tales besos serían impíos desde que ideas de abandono y proyectos de fuga se apoderaron de su imaginación sin que le fuera dable conseguir arrojarlos, sobre todo, después de la conversación interesante que acababa de tener con el Doctor. Sin embargo, como siempre hay contemporizaciones con la conciencia, besó de nuevo con ternura, como se besa á los niños, el pié desnudo de la joven, en tanto que pensaba muy inquieto.

—Habrás oído lo que estábamos conversando el Doctor y yo?

Justamente, como si contestara á este pensamiento Nelly preguntó:

—Bueno, y qué conversaba usted con el Doctor cuando éste parecía haber estado antes tan resuelto á dormir? Parecía que estaban los dos muy animados, pero el rumor del agua en la tina del baño me impedía oír bien. Es seguro no obstante que pronunciaron ustedes mi nombre.

Juan respondió hipócritamente:

—Bueno sabido y averiguado es que usted constituye el asunto de todas mis conversaciones ¡la amo tanto!

Nelly se estremeció.

Pero Juan de improviso, avergonzado de la respuesta traidora que acababa de dar, exclamó con brío:

—Pues sí; he estado ablando de tí. Te amo, es verdad, pero me pregunto si no te odio, si no te detesto más de lo que te amo. Te has apoderado de mí, y quisiera y quiero arrancarte de mi corazón porque presiento que voy á ser muy desgraciado toda mi vida por causa tuya. pienso que tu alma no es más que una ilusión. Ah! si supiera que deveras me amabas! ¿Me amas, me amas tú? Dilo, respóndeme! Tú me has dado toda suerte de pruebas y dudo acaso por las pruebas mismas. No te creo, no te creo ni podré nunca creerte más, porque cuando trata uno de probar mucho es que intenta ocultar el engaño y tú me has mentido, tú me has engañado: no soy yo quien.

El Doctor llegó en este momento y Juan calló. Nelly muy pálida pero muy resuelta, irguió su busto y dijo.

—Sigue. sigue. Es necesario que el Doctor sepa todo puesto que él me ama. Acabo de oír la conversación de ustedes, no toda pero algunas palabras. las más crueles para mí! y como el Doctor, he comprendido que no me amas ya, que todo ha terminado, que todo ha concluido entre nosotros para siempre. Pero puesto que el Doctor quiere casarse conmigo es indispensable que sepa que soy tu. Dilo, dilo tú, yo no acierto á pronunciar la palabra infamante. Acaba la frase que habías comenzado, di que no fuiste tú quien me sedujo sino yo á tí. Pues bien; es verdad; sí; yo soy quien te ha robado á tí mismo y merezco toda mi vergüenza y también todos mis sufrimientos por no haberte sabido amar como era preciso, como habría debido, y sin embargo te amo, te amo á pesar de tu abandono y prefiero la confesión franca que se te acaba de escapar en vez de las palabras hipócritas que habrían presedido á la fuga que meditabas, á esa fuga traidora que ya habría adivinado mi previsión.

Juan inclinó la cabeza y maquinalmente cedió su sitio al Doctor que le indicó con un gesto se separara y sin una palabra, sin un estremecimiento, como si nada hubiera oído, como si se tratara de cualquier otro enfermo y no absorviera más que el deber toda su atención, tomó el pié de la joven y le desprendió con su habilidad acostumbrada el lienzo que le cubría la herida.

Nelly olvidaba su dolor físico ante la presencia del Doctor y de Juan, y le parecía como que se le había abierto en el pecho una enorme cavidad y que por allí se le salían juntos y á chorros la dicha, la esperanza y el amor; que su corazón estaba vacío, vacía la tierra y que había quedado sola, enteramente sola, perdida en medio del universo indiferente, vasto y sombrío.

Los ensueños, los deseos, los recuerdos que en tropel encantador poblaron sus días desde que conoció al oficial francés, todo desaparecía de improviso. ¡Y había vivido en pensamiento tanto tiempo con ese hombre! Le parecía haberlo conocido siempre, desde hace mucho tiempo, tal vez en otros mundos y en existencias anteriores, y que no iban á separarse ya nunca ni por nada, y he aquí como ahora se le convertía en un extraño, en un desconocido que no hablaba su idioma y que renunciaba á penetrar en su corazón en el momento mismo en que los mejores sentimientos sembrados por él y para él, empezaban á florecer.

¡Y acababa de decir que la odiaba, que la detestaba! Espantada por los descubrimientos que había hecho en un instante, herida por los tormentos sufridos y por el esfuerzo que le había arrancado bruscamente dolorosas confesiones públicas, Nelly dejó caer la cabeza sobre los cojines, indiferente á todo y lloraba, lloraba sollozando, y á mares, como un niño pequeñito.

Juan le tomó la mano y oprimiéndola suavemente, imploró en silencio su perdón.

Habría bastado, habría bastado en este momento que ella abriera sus brazos y lo recibiera en ellos dulcemente, que uniera sus labios con los de Juan en un beso de perdón y de olvido, para que quedaran y para siempre más ligados que nunca.

¿Por qué no lo hizo?

No: como si no hubiera concebido esta idea ó como si después de concebirla hallara desgarrador placer en repulsarla, movió la cabeza y dijo con una triste sonrisa.

—Después de todo, tienes razón. desde que estoy en Mohelia me he dado cuenta mejor de tu carácter débil y de. la falta que he cometido. Comentando sobre ella casi á sangre fría, he comprendido que acaso delinquí más por ambición

que por pasión. Es posible y sin embargo, yo creía haber hecho un sacrificio de gran tamaño probándote toda la confianza que tenía en tí y esto constituye toda mi excusa.

Me imaginaba, al apretarte contra mi seno en estrecho abrazo que quedaban destruidos, hechos polvo, todos los obstáculos alzados entre nosotros, no por pecados míos sino de mis padres; y mientras, estaba yo creando otro obstáculo más temible, más insuperable, inmaterial, que se esconde inaccesible en el pensamiento y es de aquellos que nada ni nadie puede destruir: arrojaba en tu alma excéptica ¡ay! por que ha vivido mucho y acaso sufrido mucho también, dos males incurables: la duda y el temor.

Un incrédulo no acepta sino lo que ve y ¿cómo puede hacerse visible el amor? Tú lo has dicho alguna vez: «se es amado cuando se cree serlo» y tú, tú, no podías nunca creer porque mis antecedentes me condenan, porque pesa sobre mí la ley fatal del atavismo y no habrías podido ser feliz conmigo por el amor cuando yo no tengo más que amor para ofrecer.

Nelly se detuvo unos instantes y una vez que enjugó sus lágrimas dirigió una mirada á Juan que en su sorpresa, aguijoneado por los sentidos y abrumado por los sentimientos, no había encontrado una palabra que decir.

Luego, más dueña desí misma, Nelly prosiguió con acento de ligera ironía:

—¿Te sorprendes de oírme hablar así? Tú me considerabas como un animalito ó cuando más como un niño incapaz de sentir otra cosa que sensaciones. pues te equivocas: en las mujeres, jóvenes ó viejas son los sentimientos los que dirigen y determinan las sensaciones. Desde que te amo, y sobre todo, desde que los remordimientos han comenzado á atenacearme, he comprendido muy bien todas estas cosas. Los remordimientos traen como comitiva bastantes cavilaciones y sufrimientos que hacen madurar el juicio en breve tiempo. Y por eso he descubierto que la duda que ració en el fondo de tu espíritu con motivos racionales, no podrá con el tiempo más que crecer y desarrollarse: nunca la conseguiría yo ahogar y una palabra que en este momento mismo adivino en tus labios, vendría siempre á arrojar la amargura en medio de tus alegrías y á insultarme secretamente: «comediante.»

Juan hizo un gesto como para protestar, conmovido, pero en efecto, hasta en ese instante dudaba preguntánnose qué fiebre ó qué remembranza de lecturas romanescas hacían tan elocuente á esta chiquilla.

—No lo niegues, agregó ella, podemos decirnos todo francamente hoy que es el último día de nuestra vida que pasamos juntos. ¡Casarme contigo. . . . ! no lo quiero; te he repetido siempre que podías entregarte sin temor á tus simpatías hacia mí, y de ello nunca quise que te resultara sufrimiento alguno. Si alguna vez te he dicho ó dado á entender otra cosa, entonces sí mentía; y en fin, puedes creer si quieres que te he mentado en todo menos en eso que es tan interesante para tu amor propio, para tu egoísmo.

No me queda más que un solo medio de probarte si no la sinceridad, al menos el desinterés de mi amor: rehusar tu mano si acaso insistes en ofrecérmela. Y eso, eso es lo que haré. . . . !

Luego, con exaltación, levantando la voz y presa de una cruel tensión nerviosa, concluyó:

Y no tengo ni el mérito del sacrificio. Es decir, no quiero tener ninguno, porque yo á mi vez, también te de detesto, te desprecio y te odio! ¡Vete. vete. vetel!

La energía que hasta entonces la había sostenido se desvaneció de súbito y Nelly, cubriéndose la cara con las manos se puso á llorar y sollozar ruidosamente. Había en su voz como rugidos de fiera. su pecho se agitaba como para estallar y temblaba todo su cuerpo con estremecimientos convulsivos.

Lo que es la duda. A pesar de los naturales arranques de piedad, á pesar de la sobreexcitación que en sus sentidos ejercían estos sollozos, á pesar de la deslumbradora belleza de esta joven reclinada ahora en el diván y que había sido suya, Juan se preguntaba todavía: ¿No será este un nuevo lazo?

Luego Nelly calló y su cuerpo no se movía más que por unos leves espasmos que le levantaban el pecho.

(Continuará.)

PAGINAS DE LA MODA



Figs. 1, 2, 3 y 4—Grupo de sombreros para niños.

Una revolución en la moda

Suiza es la tierra clásica de la fraternidad. Florecen en esa tierra las asociaciones de todas clases, pero los hijos de Teleno se unen sólo para tirar al blanco ó hacer resonar las montañas con el estrépito de sus fanfarrias municipales.

A veces tienen sus asociaciones un fin más noble, este es, por ejemplo, el caso de la «Liga contra las plumas y aves como adornos para sombreros,» este título es todo su programa y las mujeres que se proponen desarrollar, lo merecen citarse como modelo de abnegación y piedad..... Sobre todo si son jóvenes y bonitas.

Sus excitativas han sido escuchadas y los periódicos del país entero reproducen el texto de su famoso comunicado que transcribimos á continuación:

«Informamos á las damas que la «Unión de las sociedades protectoras de animales» ha emitido un voto de aprobación para los trabajos de la «Liga contra las plumas y aves como adornos para sombreros» por lo que esta última ha acordado constituirse definitivamente extendiendo sus trabajos á todos los cantones. La petición y los estatutos se publicarán próximamente y se hará saber al público, á partir de qué fecha podran firmar sus solicitudes las damas que deseen formar parte de la Liga»

Uniendo la práctica á la teoría, la revista de modas de la «Semana Literaria» de Ginebra, ya no hablará en lo sucesivo sino de sombreros con flores, quedando definitivamente proscripta en Suiza la moda de sombreros adornados de plumas y de pajaritos.

El mejor tocador de una señorita.

«El espejo encantado:—Conócete á ti misma.»

Este curioso objeto hará reflejar tus faltas, pero al mismo tiempo hará brillar con mayor fuerza tus virtudes.

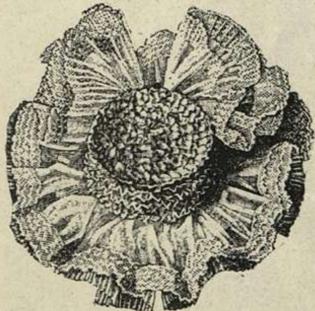


Figura 6.

«Loción para suavizar las arrugas — Contentamiento»

El uso diario de esta esencia hará desaparecer las arrugas y mantendrá el sueño tranquilo.

«Pomada para los labios:—Veracidad»

Los labios tomarán color de carmín y despedirán suave aroma con el uso diario de este precioso tinte.

«Cordial para dulcificar la voz:—L oración»

Toma de esta esencia tres dosis al día, y rica y melancólica se tornará tu voz.



Figura 5.

«Incomparable par de zarcillos:—Atención y obediencia»
 Con estos pendientes, gustosa aprenderás sabias lecciones.
 «Incomparable par de brazaletes:—«Orden é industria»
 Póntelos cuidadosamente día por día, porque á tus obras darán eficacia.

«Un cinturón elástico:—«La paciencia.»
 Cuanto más se usa, más brillante se pone, aunque su mayor mérito no es la ostentación.

«Un collar de riquísimas perlas:—«La resignación.»
 Este ornamento embellece á las hermosas y las enseña á sobrellevar los males de la vida.

«Una graciosa cinta:—La cortesía.»
 Puesta con gracia en la cabeza, inspira admiración y respeto.

«La mejor diadema:—«La piedad.»
 Quien quiera que esta diadema posea, se asegura una corona eterna.

«Hermoseador:—Buen genio»

Con este delicado filtro humedece suavemente tus labios, y los encantos de la juventud circularán por todo tu rostro.

Una "H" de más.

En el año de 1845 la joven Reina Victoria de Inglaterra en compañía del Príncipe Alberto su esposo, hizo un viaje al Continente con el fin de visitar á sus primos en los demás tronos de Europa. Pasáronse algunos días en los Países Bajos y la gran metrópoli del comercio Holandés, Amsterdam, obsequió al matrimonio real con una espléndida iluminación

El número grandísimo de transparentes con inscripciones, fuegos artificiales, etc., fué mucho tiempo el objeto de los periódicos, pero nin-

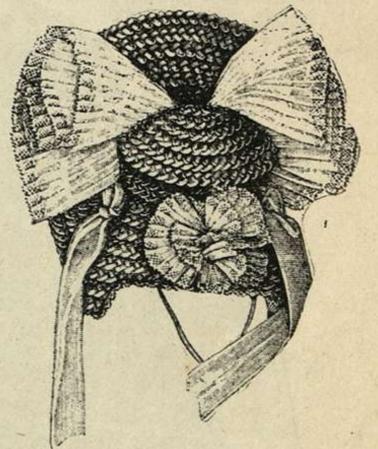


Figura 7.

gún transparente había llamado tanto la atención como el de un simple tendero Este ciudadano queria honrar muy especialmente á la augusta huésped de su ciudad natal con la inscripción muy conocida en todo el mundo: God save the Queen; pero desgraciadamente habia encargado le ejecución de esta magnífica idea á un pintor, quien tenia más conocimiento del arte de Murillo, que de la ortografía inglesa. Resultó la inscripción en el transpa-



Fig. 8.—Traje de paseo, de gran novedad.

Fig. 9.—Traje sastre para media estación.

Conocimientos útiles.

Cuanto á los guantes, los blancos de hilo son la extrema elegancia.
 Los velos deben ser de igual color que los adornos del sombrero.
 Usase mucho las aplicaciones de chantilly sobre muselinas de seda, lo mismo que en los sombreros adoptando la forma de un turbante.
 Parece ser que ahora volveremos á ver los corpiños de talle largo formando un ángulo agudo en la terminación del delantero, lo cual permitirá resucitar las coquetas modas Luis XV, sin que por eso se usen las famosas papalinas que tanto afeaban á las cortesanas de la época.

LAS GALLINAS QUE SE DESPLUMAN

Algunas veces las gallinas se picotean unas á otras para quitarse la vermina. Toman por insecto el cañón de una pluma que empieza á crecer, y lo arrancan. Después atraídas por la pequeña gota de sangre que viene al extremo de la pluma, redoblan los piquetes sobre la herida producida y acaban por matar á la desgraciada víctima.

La costumbre de arrancarse las plumas, proviene al principio, de la aglomeración de animales en lugares estrechos. Se ha observado que, cuando los animales disponen de libertad y espacio suficientes, no se picotean.

Es preciso dar á todas las gallinas, la mayor libertad posible.

Probablemente también proviene esta costumbre, de la necesidad de reparar el empobrecimiento producido por la muda.

Se ha hecho la experiencia de dar á las gallinas cuando se arrancan las plumas, cierta cantidad de éstas: cuando los animales se sacian dejan de picarse. De allí se deduce, que las gallinas buscan en las plumas, el azufre necesario para formar otras nuevas; pues, en efecto, en el momento de la muda, las gallinas comen con gusto la flor de azufre que se les arroja en el suelo.

Se puede dar á las gallinas en lugar de las plumas: algún alimento sulfuroso, como la col, que ocupa el primer lugar, en este sentido. Es conveniente colgar las coles á una altura regular, de manera que se balanceen al momento de que una gallina las toque. Estos vegetales tienen la ventaja de ser un magnífico alimento para las gallinas, y una diversión muy útil.



Figs. del 10 al 15.—Grupo de prendas de luto.

rente con una "h" de más y en consecuencia se leyó: "Goshave the Queen." Como con la mejor voluntad estas palabras no se pueden traducir de otra manera, que: "Dios afeite á la reina;" es de figurarse qué alegría causó esta ovación tan rara á la Reina Victoria.

Llevaba un filósofo muy cubierta una canasta: hallóle cierto mancebo y le preguntó curioso:
 —¿Qué va en esa cesta?
 —Para que tú no lo sepas va tan tapada, respondió el filósofo.



Fig. 16.—Dos trajes para niño de 8 á 10 años.

La cuestión del celibato.

En una reunión, una de las muchachas que hay en París, reunión de confianza (!!) entre personas que se ven por la primera vez, discutiase calurosamente la causa del celibato en Francia, el miedo que inspira el matrimonio tanto á la mujer como al hombre.

El corazón de la mujer parisiense suele ser egoísta y como aquí ella trabaja tanto ó más que el hombre, la mujer cuya mente debiera sólo concebir la poesía llena su caletre de cálculos y cifras y su corazón es una balanza donde el pro es vencido por el contra.

El feminismo hállase á la orden del día, las feministas (generalmente viejas solteronas) declaman y discursan contra el hombre acaso porque en su belleza no ha sabido interesarle.

Al casarse; la mujer debe asegurarse un bienestar material; pero, también debe gozar del amor.

Ellas, las feministas, atrevidas é independientes, razonan como sigue: No es necesario el matrimonio para conocer el amor. La unión libre no nos asusta. Nosotras trabajaremos y, al ser libres podremos escoger nuestro amigo y camarada como y donde nos convenga, disfrutando así de nuestra libertad sin ser explotadas, y gozando de esas delicias tan cacareadas del amor.

Pero el amor es un sentimiento espiritual que no debemos confundir con la atracción de sexos: las parisienses calculadoras están en un error.

Más, bueno es advertir que quien así razonaba era una solterona vieja y fea.

Razonamientos del despecho; derecho del patalco.

LAS ULTIMAS MODAS.

En cuestión de modas, decididamente corresponde la boga á las faldas de pañete, durante este verano.

Adórnanse con puntillas incrustadas que las dan un aire ligero y elegante; pero el corte de sastre sigue siendo el de mejor tono, lo mismo en la playa que en la villa.

A este propósito debo decir que acaba de inventarse un ruedo de caoutchuc que impide el roce de la tela y que arma muy bien estas faldas estilo sastre.



Fig. 17.—Traje para niño de seis años.—Fig. 18.—Traje para niña de 12 á 14 años

LA LIMPIEZA DE LAS LÁMPARAS.

En las poblaciones en que no hay todavía alumbrado de gas, todas las casas tienen varias lámparas de petróleo con las cuales se alumbran los miembros de la familia varias horas cada noche. Y pues, que las lámparas se usan á diario y contribuyen tanto á la comodidad y bienestar de la familia, parece lo más natural el que las amas de casa pongan esmero en tenerlas siempre bien arregladas, pero es, sin embargo, muy frecuente el verlas abandonadas, hediondas y sucias, con la bombilla cubierta de humo, acusando la decidia que reina en algunos hogares. Tales lámparas no son solamente repulsivas, sino también mal sanas, porque el olor que de ellas se desprende ataca á los órganos de la respiración.

Las lámparas se deben limpiar y poner en orden todos los días y para que no se olvide, hay que encargar de ello á una persona que se haga responsable de su aseo. Una vez cada semana se vacía el depósito de petróleo y se llena de agua caliente en que se haya disuelto un poco de soda y un pedazo de jabón.

Con esta misma agua se lavan la bomoilla, el quemador y demás piezas, con lo cual se ponen muy limpias y brillantes, máxime si se frotan con unos pedazos de periódicos.

La limpieza diaria consiste en quitarles con un trapo ó con un pedazo de papel el carbón de la mecha, llenar el depósito con petróleo hasta el cuello y frotar la bombilla por dentro y por fuera con un trapo limpio. De este modo la luz será siempre buena, las lámparas no despedirán mal olor y la llama será uniforme. Como se ve, ninguna de estas operaciones cuesta mucho tiempo ni trabajo y pues, que la cosa es tan sencilla, no hay razón alguna para abandonar las lámparas y pasarse largas horas todas las noches en una habitación mal alumbrada y cuya atmósfera marea, porque está cargada de gases nocivos hasta para el hombre más saludable.

ZAPATOS IMPERMEABLES.

He aquí una nueva receta para hacer impermeables los zapatos.

Se ponen en un jarro las substancias siguientes:

Aceite de adormidera.....	100 gramos.
Cebo de borrego.....	25 "
Cera amarilla.....	25 "
Brea ordinaria.....	1 "

Se calientan juntas esas diversas substancias removiéndolas bien. Cuando está hecha la mezcla se aplica tibia al calzado, bien seco.

Entre cónyuges.

- No me engañes; tú vienes de al lado de una mujer.
- Te digo que no.
- ¿Pues de que son esos polvos que traes en la cara?
- Es que he estado en una fábrica de harina.
- Pero es que hueles á heliotropo.
- Mujer, es que.....al lado hay una perfumería

Nuestros Grabados.

FIGS. 1, 2, 3, 4, 5, 6 y 7 —GRUPO DE SOMBREROS PARA NIÑOS.

Todos de la más nueva originalidad, de paja de Francia oscura ó blanca y de muselina con armazón de alambre, y adornados de lazos claros de muselina de seda bordada y de listones de seda mate.

FIG. 8.—TRAJE DE PASEO DE GRAN NOVEDAD.

Es de estilo sastre, de sarga de seda gris acero. Sobre falda plena abriéndose en dos ondas avolantadas sobre una aplicación de satén blanco bordado exóticamente. Jacquet acuchillado en la parte inferior, á derecha é izquierda, en la medianía de la espalda, abriéndose sobre un chaleco de dril de lino blanco que tiene aplicadas dos finas solapas de raso negro y se abre á su vez sobre una camisa de muselina de seda plissé. Gran corbata fantasía.

FIG. 9.—ESTILO SASTRE PARA MEDIA ESTACIÓN.

Estilo sastre también, muy á propósito para las actuales transiciones de temperatura; de casimir para damas dibujado á cuadros.



Fig. 19.—Traje de paseo.

Fig. 20.—Frock para niña



Fig. 21.—Capa para viaje.

Fig. 22.—Jacket para señoritas.

Falda plena con tres pliegues elegantes en la parte posterior y un gran galón caprichoso de cordón de seda dentado, en tres órdenes que se combinan á derecha é izquierda. Jacquet abierto con adorno del mismo galón, sobre un chaleco de seda blanca que forma en el centro dos graciosas aletas. Plastrón de muselina á rayas. Cuello americano.

FIGS. 10, 11, 12, 13, 14 y 15.

Un grupo de tocas, sombreros, corbatas y lazos de los que más se están usando para lutos y cuyos diversos estilos recomendamos á nuestras lectoras. Materiales: velo de viuda, muselina de seda, crespón y linón figurado.

FIG. 16.—DOS TRAJES PARA NIÑA DE 8 Á 10 AÑOS.

El uno es de percal gris acero figurado con ligeras guías, con un plastroncito bordado que rebetea un volante, formando jockeys en las mangas. El otro es de sarga de lana azul oscuro abierto sobre un chaleco de lino adornado con cintas, con tres órdenes de jockeys el último de los cuales es del mismo género del chaleco. Cinturón de raso azul mate y una banda de lo mismo adornando la parte inferior de la falda.

FIG. 17.—TRAJE PARA NIÑO DE SEIS AÑOS.

Es de paño de estío asargado con pliegues rectos, formando una blusa justa ceñida por cinturón del mismo género. Pantaloncito ajaretado con dos órdenes de botones en la línea exterior de cada pierna. Boina de paño.

FIG. 18.—TRAJE PARA NIÑA DE 12 Á 14 AÑOS.

Es de sarga de lana gris perla con falda lisa adornada sencillamente de cinta de lana más oscura.

Cuerpo blusa marinero, doublé de dril de lino muy leve, y alterna-

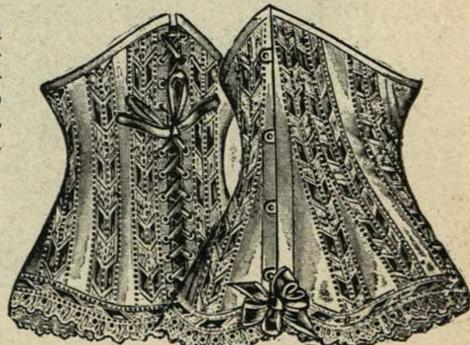


Fig. 23.—Dos elegantes corsets.



do con cintas oscuras. Un elegante lazo une los plisés alternados también con cinta de plastrón.

FIG. 19.—TRAJE DE PASEO.

Es de foulard, azul y blanco figurado, con una serie de cuatro volantes, dos de los cuales se enrollan al rededor de la falda en elegante espiral, y los otros dos la bordean en su parte inferior.

El corpiño está drapeado formando dos elegantes solapas con guías de seda y se abre sobre un chaleco de satín blanco marfil. Un elegantísimo lazo azul pálido se prende á la izquierda.

FIG. 20.—FROCK PARA NIÑA.

Es de chally azul pálido, con falda sencilla y un cuerpecito blusa que muestra un escote de blonda en volante y cinta bordada abierta sobre dos bandas de inserción, de muselina de seda, que se cruzan sobre el pecho.

Fig 25.- Frock para niña de 8 á 10 años. Delantero y espalda,



Fig. 27.—Elegante toilette de casa.



Fig. 24.—Grupo de lencería.

FIG. 21.—CAPA PARA VIAJE.

Es de paño de estío, muy propio para la estación, y de una fantasía notable. Cae en dos alas circulares fruncidas graciosamente, de suerte que forman como dos volantes holgados, y ll. va como adorno dos galones de seda circulares también y una capelina figurada así mismo con galones y cerrada por dos broches sencillos del mismo género. El cuello, doblado en la parte del frente, se levanta atrás con mucha gracia y va adornado de varios órdenes de cintas paralelas.

FIG. 22.—JACKET PARA SEÑORITAS.

Es muy sobrio y elegante, de paño de estío también, completamente recto y muy ceñido, con tres órdenes de solapas de suerte que las dos del fondo se revuelven atrás en una ligera capelina. Está cerrada á la izquierda por tres órdenes de brochecitos de strass.

FIG. 23.—DOS ELEGANTES CORSETS.

Tienen ambos modelos laboriosas inserciones de cinta elegantemente dibujada, alternada con lazos de seda azul pálido ó rosa mate y están privando mucho.

FIG. 24.—GRUPO DE LENCERÍA.

Damos varios modelos de camisas y otras prendas para hombre, de los estilos que más privan en la actualidad.

FIG. 25.—FROCK PARA NIÑA DE 8 Á 10 AÑOS. DELANTERO Y ESPALDA.

Es de una encantadora sencillez, de percal azul acero, todo plissé y con un bonito plastrón de lino bordado. Mangas abullonadas. Collar alto con un elegante lazo detrás.



Fig. 26.—Jacquet fantasía. Delantero y espalda.

FIG. 26.—JACQUET FANTASÍA. DELANTERO Y ESPALDA.

Es de una forma muy elegante, de paño de estío azargado con adornos de ancha cinta acordonada de seda, solapas triangulares con galones transversales y bonito cuello alto.

Seis botones fantasía ornán el frente.

FIG. 27.—ELEGANTE TOILETTE DE CASA.

De sarga de seda gris acero con un amplio volante de blonda holandesa vieja, descendiendo de ambos lados del frente hasta unirse en la parte inferior del delantero. La falda se pliega en cinco grandes pliegues en la parte posterior. Cuerpo de paño beige bordado todo con elegantes guías, abierto en amplio escote sobre un plastrón de muselina de seda plissé. Dos grandes guías de rosas con una transversal, bordeando el escote y descendiendo á lo largo del corpiño hasta perderse bajo el cinturón de raso, completan el atavío.